

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVII

San José, Costa Rica **1933** Sábado 14 de Octubre

Núm. 14

Año XV. No. 664

SUMARIO

Fray Bartolomé
De las maniobras imperialistas del Departamento de Estado
Los niños de Pérez Galdós, Nell y Dolly
Honrar honra (Cartas)
Elogio de Mutis

Gabriela Mistral
Juan del Camino
Carmen Lyra
Francisco José de Caldas

Notas sobre Bernal Díaz del Castillo
Matla (2)
Rincón de los niños
Romance de la madre pobre
Espejito de infancia

Luis Cardoza y Aragón
Euclides Chacón Méndez
Marta Brunet
Adela Formoso de Obregón

Caminando a veces en Méjico o en Guatemala por aquellas regiones de calentura solar y de casticismo en la costumbre, Chiapas y Vera-Paz, asistida de esas dos noblezas del sol y de la tradición, me he puesto a pensar en lo que muchos otros habrán pensado antes que yo: en que tal vez los huesos de Fray Bartolomé de las Casas entrarían en esas gredas como la abeja en su alvéolo propio, en su verdadero hogar geográfico, que sería ese.

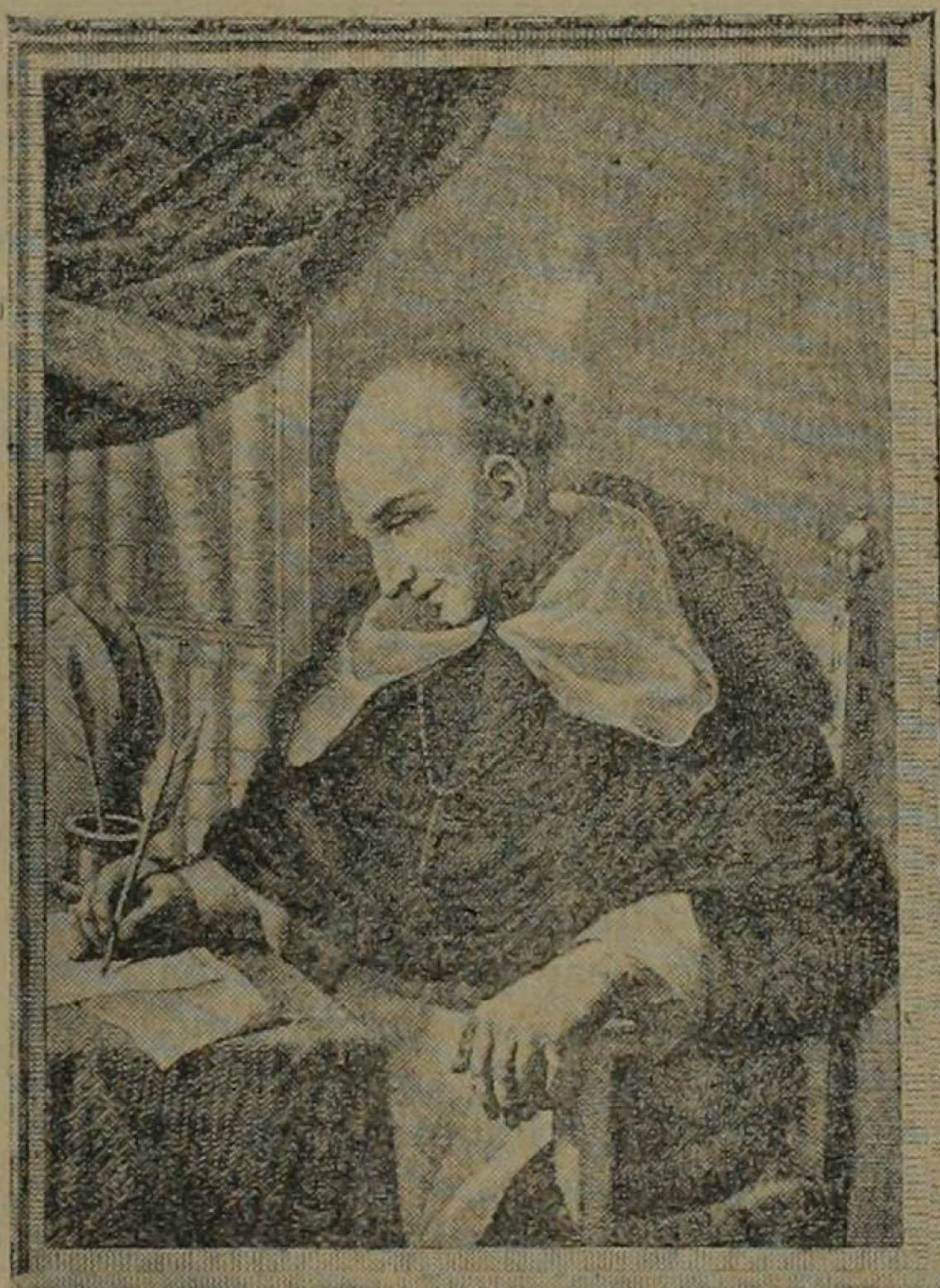
Si se considera al hombre con un criterio... botánico, sus huesos deben estar donde él nació, cerca del paisaje de su adoctrinamiento y de las cosas que fueron la amistad más larga de sus ojos. Pero la criatura, al revés del olmo y la mejorana, y muy lejos del cobre o el estaño regionales, suele irse lejos a realizarse a sí mismo y a servir a sus semejantes--o a sus diferentes; suelen sus potencias hallar su excitación y su regalo en unos suelos los más extranjeros del mundo. El oficio que traían escrito y prescrito en sus facultades y que es siempre lo que más importa de la criatura, ya sea menester de soldado, de sabio o de santo, no les habló nunca o les habló bajito en su país y en cambio en el otro se les enderezó y se les despenó en la acción. España ha castellanzado en definitiva al Greco y la América nuestra lleva camino de declarar a Fray Bartolomé su padre por los tres costados de protección y también su hijo por el de la ternura.

Con cierta razón: Fray Bartolomé sale de España hecho un Licenciado corriente, más o menos brillante, más o menos mozo de porvenir, y se embarca para las Indias del fácil negociar y de yantar abundante; deja la costa suya en un velero de buena voluntad como un simple hombre de este mundo que ha estudiado una profesión en qué ganar dinero con los pleitos del prójimo, feos cuando no sucios.

Fray Bartolomé toca una tierra nueva de inaudita novedad, que es magnífica en los productos y miserable en el habitante, una tierra que ha sido tomada por su gente como pieza que costó ganar y que es justo retener con cuanto ella contiene. El hombre de los artículos de Código y de las buenas letras

Fray Bartolomé

= De El Mercurio. Santiago de Chile =



Fray Bartolomé de las Casas

clásicas que sirven en el tiempo para lograr función administrativa o lucro comercial, entra en ese nuevo ámbito de costumbre y de luz y se muda en pocos años gracias al choque, (que nadie sabe hasta dónde opera) con la experiencia fabulosamente remecedora. La culebra no deja caer en el suelo más entero su pellejo de la estación de lo que nuestro Fray Bartolomé dejó caer al "hombre viejo" del Evangelio, para no volver a recogerlo en toda su vida.

Allá se quedará por muchos años, entre bosques y plantaciones, y cuando volverá a Castilla en esos veleros de travesía de meses, será solamente para venir a alegar delante de unos reyes escuchadores, de unos clérigos acomodaticios y de unos encomenderos ladinos, sobre la América suya, adoptada por él como un niño ajeno, con nombre, y lacerías.

Después de treinta años, volverá pa-

ra quedarse en España, o cansado de su gesta de fuego, que lo ha quemado, o echado de las colonias con disimulo por los capitanes. Y se vendrá a vivir en su convento una vejez que será aceda como la de cualquier vencido, o más que la del vencido común. Pero en esos años de preparación para el buen morir, él no sabrá hacer otra cosa en su celda que escribir sobre su aventura formidable, como un embriagado de cólera y de caridad. ¿Cómo se puede sustentar cólera y caridad en el mismo cuadro del pecho, cómo se puede detestar y defender en la misma página?, le preguntaban, y le preguntan todavía, sus enemigos. El les contestó y les contesta en su grueso libro donde hay bastante espacio para entenderlo. Unamuno podría explicar también, él, que ha vivido trance semejante y que suele parecernos un hermano siamés del fraile, que eso es muy posible, y dar el cómo y el por qué del caso enrevesado.

Los misioneros españoles fueron muchos: algunos de ellos, según lo aseguran don Carlos Pereyra y otros historiadores, valían más que Fray Bartolomé como realizadores de sus planes y como beneficiadores de la indiada. Motolinia, Pedro de Gante, Luis de Valdivia y especialmente el gran Vasco de Quiroga cumplieron un trabajo misionero más eficaz porque eran pedagogos sociales y porque se fijaron en un cuadro de labor más modesto.

Siendo eso verdad, resulta sin embargo que para las masas lo mismo que para los intelectuales americanos, Fray Bartolomé sigue representando el misionero por excelencia, el misionero al rojo blanco, salido de un cristianismo vertical; y nadie arrancará ese concepto que está clavado con clavos y argollas en esos países.

La honra histórica de las misiones españolas crece en el Continente a ojos vista, y cubre el horizonte histórico: no hay ninguna otra, ni la de los navegantes geniales, ni la de los exploradores centaurescos que se la lleve en resplandor de prestigio.

Los educadores nuestros, guiados por Vasconcelos hacia esta reivindicación, declaran que sus métodos mixtos de trabajo manual y de instrucción alegre son

los mejores que valgan con el indio (pieza tan difícil de tratamiento); los políticos habilidosos quieren remozar un poco y "preparar" para las indiadas unos sistemas colectivos que atrapen al inatrapable en esas redes dulces del trabajo y del beneficio en común; los escritores se desentienden todavía del Cortés que fué grande o del Virrey Mendoza que lo fué también e insisten en la glorificación de estos santos realistas que si de un lado estaban "locos de Dios", estaban del otro llenos de intuición civilizadora. Si la Iglesia hubiese canonizado a Fray Bartolomé, pasando por alto sus violencias, como ha excusado otras de santos en ebullición, entonces el nicho, la nave, la capillita rural o la catedral del patrono cubrirían ahora el Continente, porque los hubiese tenido en todas partes. La grave y ligera figura estaría reemplazando en el altar a los santos "afuerinos" que no tienen por donde aferrarse del indio y que así y todo lo han cogido: el San Antonio Paduano, el Niño Praguense o a la Teresita normanda.

Nadie puede imaginar el torrente de fervor, la reverberación de agradecimiento que un tal santo promulgado por Roma haría levantar en esos pueblos sensuales-místicos, donde un catolicismo criollo mantiene ardiendo el horno de la fe que en Europa ya se enceniza o se muere. Roma no ha querido; pero puede querer un día...

En oposición a este meridiano lascavista de la América, algunos peninsulares se han puesto a clasificar a Fray Bartolomé entre los autores directos de la "España Negra", y uno de esos hijos dudosos que echan con su santidad vanidosa unas luces malas sobre su madre y dan margen al enemigo de ella para que la maltrate con palabras recogidas en su boca.

Nosotros, los de allá, creemos que estos rigurosos hacen mal estropeando a un español siete veces representativo de su casta.

La tradición de España—y la de cualquier patria grande—es triple y hasta décuple si se quiere, y no constituye un bloque, sino un manojo de líneas paralelas; línea de guerreros, y políticos; línea de sabios y letrados; línea de santos. Esas tradiciones de violencia afortunada, de alta profesión humana, de inteligencia maliciosa o de inteligencia generosa, son cada una verdadera y resulta una niñería borrar con el dedo ésta o aquella. Cortés se retiene dentro de la suya y Fray Bartolomé hace lo mismo para sus fieles. Aparte de que el hombre de hoy, en cualquier patria, lleva en su cuerpo esas sangres emocionales opuestas y forcejea en vano contra algunas que le parecen feas—o que lo son—; y discursa o plumea vanamente por echar fuera de su historia ciertos humores demasiado fuertes o venenosos de su último pasado. Las patrias tienen la terrible composición de las tierras fértiles, barro sano, sales, carbones, y algunas carroñas fermentales.

Sigo imaginando la fiesta americana

al arribo de los huesos de Fray Bartolomé a nuestro suelo.

¿A dónde se destinarían las reliquias si nos las quisiera dar la España nueva? El andariego ambuló por varios paralelos tropicales con su Evangelio a cuestas, y mejor que a cuestas, ensartado a medio pecho, y ensayó el "plan de Dios" en varias regiones. ¿Quedaría en las Chiapas—mexicana, de su obispado casi nominal, o en la zona guatemalteca de la Vera-Paz—lindo nombre que arranca de él—donde de veras vivió luchando mucho y realizó lo que le dejaron realizar?

Allá, acá, donde sea, esos huesos bajarían como la abeja entra a su alvéolo propio; caerían en nuestras arcillas como un radium despertador de quien sabe qué virtudes secretas y serían honrados infinitamente, por las indiadas grandes e infelices todavía, y por el mestizaje lo mismo.

Esas tierras de su sede tropical, que espejean como el alma lascavista de una claridad no vista en otra parte; esas tierras hermosas que pagaron el sacrificio de Fray Bartolomé sólo con la gratificación cotidiana de su belleza, convocarían a sus gentes, casi entendiendo el sucedido, "casi hablando", para la recepción que el Gobierno llamaría nacional; pero que sería del Continente.

El orador y los recitadores sobrarían si se acuerdan de la frase dicha sobre el fraile por un historiador extraño y que deja saciados a los suyos: "Vuelve a estar con nosotros Fray Bartolomé, "honra del género humano". El indio es sobrio; somos los mestizos quienes plumamos largo. El indio entendería que eso basta y que no rebosa la verdad, de esas cuatro palabras que son supremas.

Gabriela Mistral

Octubre de 1933.

Estampas

De las maniobras imperialistas del Departamento de Estado

A propósito de la próxima Conferencia Panamericana numerada

= Colaboración =

Las conferencias numeradas que organiza el Departamento de Estado por medio de su agencia eficaz, la Unión Panamericana (Pan American Union), son la forma de ligar a estos pueblos a la expansión imperialista norteamericana. Esta afirmación no sorprende a aquellos que han seguido con paciencia los manejos de la pomposa Unión Panamericana presidida en todo tiempo por el Secretario de Estado. La orden próxima está dada para Montevideo y el propósito es imponernos alianzas puramente comerciales. La conducta discolpa del cubano de honor ha desordenado un poco el plan. El Presidente Roosevelt había designado a su amigo personal, el señor Sumner Welles, para que, una vez pacificada la Isla con el advenimiento del ex-machadista Céspedes, volviera a Washington a dirigir los preparativos de la séptima conferencia. La Isla antillana parece haberse tragado al experto en asuntos "latinoamericanos" después de haberle burlado sus cómodos arreglitos. Ha sido preciso confiar a otros expertos los preparativos que culminarán en Montevideo con alianzas comerciales.

El Departamento de Estado consultando estadísticas ha descubierto que estos países exportan a los Estados Unidos mucho más de lo que importan. Colombia y Brasil, por ejemplo, venden casi toda su enorme cosecha de café en los mercados estadounidenses. Como consecuencia reciben grandes cantidades de oro que aumentan su capacidad adquisitiva. Pero no es la industria norteamericana precisamente la favorecida con ese torrente de oro en que se trans-

forma el café y el petróleo y los bananos. La industria inglesa, la industria alemana, la industria francesa, la industria japonesa se aprovechan del bienestar que los mercados norteamericanos producen en los países de la América nuestra. Entonces el Departamento de Estado ha buscado el modo de compensar los beneficios. Para esto la alianza comercial que se impondrá en Montevideo. Colombia, si quiere continuar vendiendo su café y su petróleo y sus bananos en los Estados Unidos, tendrá que surtir de la industria norteamericana y así sus exportaciones se equilibrarán con sus importaciones. Si hay un pequeño saldo, que lo use en el tráfico con otras naciones. Este es el descubrimiento del Presidente Roosevelt y hacia allá va su nueva política.

Pero a Montevideo no quiere el Departamento de Estado llegar a discutir. La conferencia debe ser breve. Nos conocen los hombres de este voraz imperialismo y saben cómo son de decididos nuestros diplomáticos. Lo mejor entonces es llevar preparada la alianza. Con este objeto los países de mayor exportación y de más grande capacidad adquisitiva, han sido obligados a enviar delegados a Washington a acordar la alianza. Ahora están en esa tarea, hablando con los comités y subcomités organizados por el Departamento de Estado. Allí se les presentan estadísticas y se les dibujan gráficas para convencerlos de que la prosperidad de una exportación bien colocada debe defenderse ligándose a los Estados Unidos. A Colombia se le menciona su café, su banano, su petróleo. A Brasil su café, sus

nueces, sus pieles. A la Argentina sus carnes y sus uvas. A Chile no es posible amenazarlo con cerrarle el mercado para su nitrato, porque el nitrato ha decaído como fertilizante. Se le descubre entonces una inmensa virtud a sus laderas occidentales sobre los Andes. Las uvas que estas tierras producen dan un mosto tan fino como el mejor de los viñedos de Francia y de Alemania. Chile puede establecer la industria vinícola cultivando sus laderas andinas. Y como la prohibición ha sido modificada el mercado estadounidense aparece acogedor para la uva chilena.

De esas pláticas va saliendo la alianza y cuando las delegaciones de nuestros gobiernos ocupen su sitio en el Palacio Legislativo de Montevideo, el trabajo de discusión será sencillo y brevísimo. Todo estará acordado y el convencimiento más absoluto sellará los labios de los representantes. Las alianzas comerciales quedarán pactadas en la séptima conferencia panamericana. Significarán esas alianzas la exclusión de la industria que no sea norteamericana. Si el país productor de café quiere continuar vendiéndolo en los Estados Unidos, debe comprometerse a comprarle a la industria de los Estados Unidos. De otra manera el mercado se cerrará y ni el café, ni los bananos, ni las pieles, ni las carnes de todos nuestros países volverán convertidas en oro americano. La alianza es para eso. ¿Por qué los Estados Unidos han de aumentar la capacidad adquisitiva de naciones que desvían el oro norteamericano hacia la industria inglesa, o alemana, o japonesa? La libertad para comprar a la industria que mejor producto ofrezca y a más bajo precio no deben tenerla naciones que son tributarias de los Estados Unidos. Esta es la política nueva del segundo Presidente Roosevelt. Con esta política organiza, por medio de su agencia funesta, la Unión Panamericana, la séptima conferencia ordenada para Montevideo.

Naturalmente que el programa, que es lo que se ostenta para entretener a los sencillos, contiene multitud de puntos vistosos. Veamos los ocho puntos de ese programa unánimemente aprobado por la Unión Panamericana y ordenado por el Secretario de Estado: 1 organización para la paz; 2 problemas de derecho internacional; 3 derechos políticos y civiles para la mujer; 4 problemas económicos y financieros; 5 problemas sociales; 6 cooperación intelectual; 7 transporte; 8 conferencia internacional de Estados Americanos. El entendido descubre al instante la hojarasca. La esencial es lo que ahora pulen en Washington las delegaciones de nuestros gobiernos. Lo demás es para no dejar escueta la conferencia y hacer como que hay el propósito de que surja la deliberación. En aquello que no precise la alianza se ha dejado en libertad a los decidores diplomáticos. Pensará el Departamento de Estado que conviene un rato de elocuencia tropical y ha intercalado tópicos propicios a esa elocuencia. El rábula que vive de podri-

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome "Selecta"

No hay nada más agradable ni más delicioso.

Es un producto "Traube"

dos méritos de internacionalista podrá, una vez guardado silencio acerca de la alianza comercial, discurrir y llenar de naderías el ambiente invocando hasta el último tratado. Allí hay, en el pomposo programa ordenado por el Secretario de Estado Hull, entretenimiento para todos los gustos de los variados representantes de nuestros gobiernos. Montevideo oirá las más raras elocuencias. Aquello será como una jaula atiborrada de plumas y picos tropicales.

Así conviene al Departamento de Estado para imponer sus alianzas comerciales preparadas ya en Washington. De la conferencia saldrá una organización nueva supeditada a la expansión imperialista sobre estos países. Hay el intento de crear un organismo económico y financiero para someterlo al dominio de la funesta Unión Panamericana. Es decir, para que las alianzas comerciales no surtan y llenen su papel imperializante, se funda la institución que las administre y regule precisamente bajo la rienda del propio Departamento de Estado. A esta maniobra imperialista para quitar a nuestros países su libertad comercial llaman nueva política del segundo Presidente Roosevelt. Y a ese vasallaje lo llama Roosevelt panamericanismo.

Mas sólo al que no quiera entender que en el plan hay únicamente fuerza dominadora, puede pasar sin censura la nueva política. Es la misma vieja política imperialista. De la América nuestra no existe en el Departamento de Estado sino una noción total de factoría. Cuenta la organización imperialista con que somos naciones sin sentido vigilante. Se entiende con los gobiernos y los sume en el vasallaje que le permite la expansión. ¿Cómo es que nos quita la libertad de comercio si no somos colonias? ¡Ah!, pero nos conoce. Sabe que nos puede dominar fácilmente. Poco a poco nos ha ido desposeyendo de nuestros más valiosos recursos. Ya por medio de la Pan American Airways Inc. nos dejó sin rutas aéreas y con ellas acaparó comunicaciones radiográficas, suelos, aguas. La electricidad se la llevó dando alientos a la Electric Bond and Share Co. ¿Qué tiene entonces que aho-

ra en Montevideo nos arrebathe la libertad de comercio y nos supedita a la industria norteamericana? Y lo que es tan grave, que convierta nuestros productos a la oferta de sólo su mercado. Contra estos terribles males nadie enfrenta su censura. Y el Departamento de Estado nos domina, nos hace sus aliados.

Montevideo será el lugar de la América nuestra en donde se quede unida la más oprobiosa cadena de sumisión si guardamos silencio y no denunciemos la maniobra imperialista del Departamento de Estado. No tendremos derecho a exigir trato de pobladores que conquistaron ya su libertad. Hablemos a tiempo. Digamos que no existe el regocijo que en sus hojillas poligráficas pinta la fatídica Unión Panamericana. Esta organización imperialista inventa estados de ánimo favorables a todos los planes de conquista del Departamento de Estado. Cuando inventó la nadería del Pan American Day imprimió en sus hojillas falsedades y nos presentó en fiesta perpetua por la invención de una fecha tan estúpida. Ahora afirma que desde el anuncio de la política comercial seguida por esta Administración se ha levantado un gran entusiasmo en los países latinoamericanos. No comprendemos cuáles serán esas ventajas para mover con alegría las voluntades de por acá. Motivos de alarma sí existen, porque la amenaza de no comprar productos si no se compra industria, el mal terrible de someter al solo mercado norteamericano esos productos, sí es aflicción para estos pueblos. La hegemonía norteamericana se ve muy clara. A Montevideo va el Departamento de Estado a unificar tarifas y monedas, a uniformar legislaciones mercantiles, a tender una sola red que cubra nuestra vida comercial y financiera.

No permanezcamos en esta indiferencia mortal. Volvamos el pensamiento a Montevideo, porque de allí saldrá una mayor esclavitud y un vasallaje imperialista mucho más duro. No nos ilusionemos con ese falaz panamericanismo proclamado ahora por el segundo Presidente Roosevelt. Panamericanismo es imperialismo. Se nos halaga con una

fraternidad que está muy lejos de sentir el sujeto imperialista. Lo que quieren los hombres del Departamento de Estado es la liga a su imperio. Necesitan de nuestro comercio y nos lo arrebatan. No toleran competencias. La lucha es puramente comercial. Otras naciones imperialistas nos venden y nos compran productos. Lo que quiere decir, que tienen ingerencia en nuestra vida y aprovechan la inmensa geografía de un continente para movilizar riquezas. Pero el imperialismo que mueve ostensiblemente la maquinaria gubernativa de los Estados Unidos considera que estos pueblos le pertenecen por derecho natural. Entonces formula la conferencia para trazar la barrera económica. La América nuestra será una sola aduana norteamericana. El propó-

sito es excluir rivales. A Montevideo va el Departamento de Estado a acabar con la intromisión inglesa y alemana y francesa y japonesa en estos países. La industria norteamericana debe llenar nuestro comercio. La alianza es urgente.

Si Sumner Welles no pacifica a los cubanos la séptima conferencia quedará pospuesta. Aprovechemos para despertar opinión, para hacer pensar a estos pueblos que en Montevideo se ha dado cita el imperialismo para acabar con nuestra libertad de comercio. Y si somos vehementes y clamamos contra la proyectada iniquidad contendremos el mal. O al menos descubriremos la farsa.

Juan del Camino

Costa Rica y octubre de 1933.

Los niños de Pérez Galdós

NELL Y DOLLY

(Véase *El Abuelo*) (1)

= Colaboración =

Leonor y Dorotea, niñas de quince y catorce años respectivamente, lindas, graciosas, de tipo aristocrático, la tez bronceada por el aire marino y el sol. Son negros sus ojos, rasgados, melancólicos; negro también su cabello peinado al descuido en moño alto. Se lo adornan con flores silvestres, que van clavando en él como se clavan los alfileres en un acerico. La diferencia de edad, un año y meses, apenas en ellas se distingue, y por gemelas las tienen muchos viendo la semejanza de sus rostros y la igualdad del talle y la estatura. Son ágiles, corretonas, traviesas; dos diablillos encantadores. Visten con sencillez graciosa y elegancia no aprendida trajecitos claros, cortados y cosidos en Jerusa. La modestia da más realce a su gentileza vivaracha y les imprime cierta gravedad dulce cuando están inquietas.—El Abuelo, por Pérez Galdós.

La adolescencia está ante ellas pero aun no han traspasado sus umbrales. El desaliño e inquietud de la niñez hallan estrecho el molde en que quieren meterlas, y se escapan para solazarse al sol, con la encantadora torpeza con que juegan los perrillos cachorros.

Nell y Dolly van y vienen, corretean y brincan como sólo los niños saben hacerlo. Pero de su inocencia festiva, la meditación quiere sacar un símbolo: estas dos ramas floridas forman una cruz, sobre la cual está clavada y sangrante la vanidad humana.

Su existencia es doble: una, por decirlo así, al aire libre; otra dentro del espíritu del abuelo. Pero en ambas partes viven con la maravillosa sencillez que hay en toda realidad. Triscan y alborotan en los dominios de Jerusa; para estudiar se ponen florido el moño; lanzan al aire el manual de Historia que se va a posar en una rama cual un pájaro, e invitan a las aves del cielo a echar un vistazo en la vida de Alejan-

dro Magno o de los reyes godos cuyos "nombres pican como las zarzas cuando una quiere metérselos entre la memoria". Y es que el Alejandro Magno y los reyes godos de los manuales de Historia, a pesar de su secular grandeza, no importarán jamás un comino a ningún niño de la tierra. La alegría brota en Nell y Dolly cristalina y fresca como el agua de esos amorcillos ornamento de fuentes, obra de algún famoso escultor; ramonean, haciendo cosquillas, en la menguada sabiduría de su maestro el infeliz don Pío, con la inocencia de dos cabritos en un campo mísero en el cual apenas ha podido apuntar uno que otro brotecillo. Cuando se las mira revolotear en torno del roble añoso, casi abatido que es su abuelo don Rodrigo de Arista Potestad, se piensa en dos abejitas zumbadoras que tratan de fabricar su panal en un árbol soberbio pero humillado por el huracán, y buscan una oquedad propicia en el tronco para depositar la miel de su ternura. Se acogen al amparo de la madre, candorosas y confiadas, con el gesto eterno de todos los niños que piden protección y calor, sin pensar ni mal ni bien del regazo materno. Eso sí, cuando se las contempla en la oscuridad y torbellino que reinan dentro del cráneo del orgulloso noble, adquieren la apariencia de dos larvas crueles salidas de los huevecillos dejados allí por los prejuicios, más poderosos en la imaginación del hombre civilizado que los mismos instintos. Sí, allí son unas larvas que se están comiendo la paz del pensamiento; son la Naturaleza y la Ley, el Deber y el Instinto, el Honor y el Deshonor, el Pecado y la Virtud, el Bien y el Mal definitivos en lucha cada uno por imponerse sobre el otro. ¿En dónde la verdad dentro de esta sociedad amasada con tantos intereses contradictorios? ¿Qué dirían la

(1) Es éste el tercero de una serie titulada *Los niños de Pérez Galdós*; salieron los anteriores en los números 15 y 19 del tomo XV del *Rep. Am.*

Nell y la Dolly que corretean sobre los campos si se asomaran al infierno que hay dentro de la cabeza de su abuelo, cuya inteligencia ha sido apacentada en la soberbia que da el poder, y que ahora rumia humillación? Se alejarían sin comprender. No se reconocerían en aquellas sombras trágicas y volverían a sus juegos sin saber de qué se trata. ¿Cómo puede ser que esta misteriosa sencillez que es su vida a punto de abrirse como una flor, con un principio igual al de "los caracolutos de la playa", se complique, atormente y bifurque así en la mente de un hombre civilizado? Del pecado de la madre, del adulterio, ha salido una de ellas. ¿Cuál? ¿Nell? ¿Dolly? ¿Por qué la hija del adulterio no ha sido marcada con el estigma del mal? No, su forma es semejante a la del fruto bendecido por la iglesia y aprobado por la ley y por lo tanto, grato a los ojos de la sociedad. La sangre azul de Albrit, permanece muda ante el imperativo llamamiento del anciano. A veces dijérase es Nell la que responde, a veces Dolly. Es que en realidad es la misma, viene del mismo manantial porque "Dios es el abuelo de todos".

Contra el pórtico romano de la iglesia de Jerusa, fondo duro del cuadro, se destaca la figura del conde de Albrit, severa y dolorida como la de un león caduco y abatido. Espera anheloso la palabra del prior que ha de revelar el temido secreto, que ha de decirle si es en Dolly o en Nell en donde está la verdad. El prior le va a decir cuál de las niñas es la hija de su hijo.

Sale del templo una multitud femenina, las cabezas tocadas graciosamente con su mantellina. Pasa Nell: su perfil aristocrático asoma por la abertura de la caperuza de franela blanca con adornos de seda que "le da aspecto de figura gótica arrancada de las vitelas de un misal antiguo. Su rostro de hermosas líneas adquiere distinción severa. Caen sobre sus hombros los pliegues de la tela con suprema elegancia". Se detiene Nell ante el abuelo abandonado por la riqueza y por lo tanto por los hombres; le dirige unas palabras amables que no comprometen, y se despide sin pensar en la soledad y en la miseria del anciano. La comodidad llama a su egoísmo bien lejos de aquel lugar. Para que el recuerdo doliente del viejo no vaya a turbar su contento, lo invita a retirarse al abrigo que le ofrece el convento de Zaratán.

El señor de Jerusa y de Polán se va a través de los campos. Es un dejado de la mano de Dios y de los hombres. Su única compañía es don Pío, el maestro de las niñas, aquel don Pío que hiciera proverbial el decir: "¡qué malo es ser bueno!", tan infeliz que ya no aguanta más, y quiere que el señor de Albrit lo empuje por el acantilado y lo arroje al mar. El señor de Albrit contesta así a la petición:

—"Sí... morirás Pío; caerás rodando por el cantil... antes de llegar al abismo te harás pedazos... Morirás, sí. El hombre extremadamente bueno debe mo-

rir. Es una planta viciosa, estéril... Sí, bendito Coronado: Verás con qué gracia y con qué denuedo te arrojo a la sombra inmensidad, como si lanzara una pelota. Aun tengo vigor para eso y para mucho más..."

Y luego la altivez de don Rodrigo irá tras la mansedumbre de don Pío. Sí, el viejo noble se lanzará él mismo al mar y todo acabará. Las olas pasarán su indiferencia sobre el orgullo del uno y sobre la humildad del otro.

Se detienen a descansar por última vez al amparo de las tres cruces de un calvario y departen así sobre el honor:

El Conde.—... quiero que me digas, gran filósofo: ¿qué piensas tú del honor?

Don Pío (lleno de confusiones).—El honor... pues el honor... yo entendía que el honor era... algo así como las condecoraciones... Se dice también honores fúnebres, el honor nacional, el campo del honor... En fin, no sé lo que es.

El Conde.—Hablo del honor de las familias, la pureza de las razas, el lustre de los nombres... Yo he llegado a creer esta noche... y te lo digo con toda franqueza... que si del honor pudiéramos hacer cosa material, sería muy bueno para abonar las tierras.

Don Pío.—Y criar la hermosa lechuga y el rico tomate. Para semilleros he oído decir que no hay nada como la gallinaza y la palomina.

El Conde.—Y para la hortaliza social, para este mundo de ahora, nacido sobre acarreo, la mejor substancia es la ignominia, la impureza y mescolanza de sangres nobles y sangres viles... Quedamos en que tú no aciertas a decirme qué es el honor, ni te has encontrado nunca esa alimaña en tus excursiones filosóficas. (La noche está plácida, y la luna, en creciente avanzado, platea el cielo y la mar, y baña en dulce claridad la tierra).

Don Pío (aguzando el entendimiento).—Pues el honor... Si no es la virtud, el amor al prójimo y el no querer mal a nadie, ni a nuestros enemigos, juro por las barbas de Júpiter que no sé lo que es.

El Conde (con triste sonrisa).—Ya sales con tu Mitología... Por cierto que en la fábula mitológica no figura para nada el honor: los dioses hacían el amor a las hijas del pueblo, así como las diosas se enamoriscaban de cualquier pastor de cabras.

En esto aparece una pequeña figura que se adelanta hacia el calvario. ¿Quién es? Es Dolly, con su patita coja que viene en busca del conde. En vano la han arrancado del lado del abuelo y la han encerrado por orden de su madre. La señora quiere llevar consigo a las dos niñas a la vida mundana para que se diviertan y encuentren marido entre los condes y los marqueses. Pero Dolly no quiere abandonar al viejo arruinado que se queda tan solo y tan desvalido. Ha saltado la verja y ha logrado esca-

DOCTOR
EDUARDO FOURNIER QUIROS
MÉDICO Y CIRUJANO
Despacha en la Clínica del Dr. Figueres
CONSULTAS
De 10 a 12 y de 3 a 5

par. ¿Y por qué la patita coja? ¡Ah! es que en la huida se ha maltratado un pie. Alguien le avisó que había visto subir al abuelo hacia el calvario, y aquí está.

Sin embargo, Nell es la legítima y Dolly la espúria, la hija del adulterio! Así lo ha dicho el prior al conde, por orden de la misma madre dueña de la verdad. Por eso el conde dice a don Pío:

El Conde.—Soy todo amargura y más desgraciado que tú. ¿Sabes una cosa? Mis nietas que yo adoraba se diferencian poco de tus hijas. Con buenas palabras, Nell me ha arañado el rostro. Espinas de rosa rasguñan lo mismo que espinas de zarza... Y con todo, Nell es mi legítima descendencia y Dolly es una intrusa, la cria infame de la traición, que con fraude se introdujo en mi casa y se escondió entre los brocados de Albrit.

Por las fibrillas inmateriales que se cruzan y entrecruzan para formar el pensamiento de un hombre, debe circular una corriente intangible que sale de la circulación de la sangre, como sale el vapor de agua—sustancia de nubes—del agua, alma del barro. Cuando la sangre del cuerpo se espesa y estanca, es porque falta fuerza para el impulso, fuego

para dar alas a lo que corre por el suelo. Los gases que resultan son pesados, apenas pueden arrastrarse a ras de la realidad. Entonces la vida mental no tiene aspiraciones, no acata sino a complacer las necesidades más inmediatas de la carne. La pobreza espiritual, tan frecuente en los nietos de abuelos poderosos, acaso sea el resultado de la debilidad de la sangre de sus venas que fué ardiente e impetuosa en estos abuelos, a los que impulsó hacia la aventura heroica, ya en el amor, ya en el odio; sangre en llamas que conquistó el bienestar sobre el cual se ha tendido muellemente el ánimo de los descendientes. Y este ánimo luchador se amodorró luego entre la tibieza de la lujuria y el hábito de la ociosidad, frutos de ese bienestar que tanto arrojo costara a los antepasados. ¡Gran destructora de espíritu es la comodidad! La llanta que resiste las piedras de los caminos queda inutilizada en una noche si se deja expuesta a la acción del continuo caer de una gota de aceite.

En las venas de Nell, marquesa de Bréda, corre sangre de la misma que alimenta las del conde de Albrit. Nell es el último vástago de aquel árbol cuyo escudo ostenta un león rampante con este lema: "Potestas Virtus". Mas no es la rama joven la que puede ofrecer un pie de amigo al viejo tronco. Para ello le falta energía, voluntad de renunciamiento a la propia tranquilidad, sed de heroísmo. Es el ingerto, la bastarda, la falsa a los ojos de la soberbia humana, la que tiene un corazón agitado por sangre de contrabandistas, caliente y briosa, abrevada en la temeridad y en el desprecio a las viejas leyes y costumbres, extraña a la molición y al refinamiento, la que sabe volverse un báculo de amor para que el desvalido y debilitado señor se apoye y pueda se-

JOHN M. KEITH & Co., Inc.
SAN JOSE, COSTA RICA
Agentes y Representantes de Casas Extranjeras
Cajas Registradoras "NATIONAL"
The National Cash Register Co.
Máquinas de Contabilidad "BURROUGHS"
Burroughs Adding Machine Co.
Máquinas de Escribir "ROYAL"
Royal Typewriter Co., Inc.
Muebles de Acero y Equipo para Oficinas
Globe Wernicke Co.
Implementos de Goma
United States Rubber Co.
Maquinaria en General
James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

guir su camino. Ya en otra ocasión fué la mano de la intrusa en la noble casa, la que se hiriera al apartar del paso del abuelo las zarzas espinosas; fué ella también la que lo condujo al abrigo a través de la tormenta, mientras la legítima se ponía a buen recaudo cuidada sólo de su flaco egoísmo. Y es Dolly y no Nell quien lo defiende de la odiosa ingratitud de los rústicos de La Pardiña.

Las ideas, los prejuicios, se vuelven patas arriba en la cabeza del conde.

En su alma ha habido un terremoto.

El Conde.—¡Dolly! ¿Pero qué? ¿Se abre la tierra y me traga?

Dolly (andando hacia las cruces, sin correr, porque cojea un poco, como si le doliera un pie) ¡Abuelito querido!... Lo que me ha costado encontrarte! ¿Sabes? Me escapé de casa. Corrí a La Pardiña, y en la puerta me encontré a la Marquesa con una cesta de caracoles, y me dijo que te había visto subir hacia el calvario. (Acercándose) ¿Pero qué haces? ¿Vuelves la cara?

(El conde agarra tan fuertemente a don Pío que parece querer estrujarle).

El traje hace al caballero
y lo caracteriza y

LA COLOMBIANA

DE

Fco. A. GOMEZ Z.



le hace el traje en abonos semanales, mensuales o al contado. Cuenta con un surtido completo en casimires y operarios competentes para la confección de sus trajes.

Teléfono 3283

Frente «Al Siglo Nuevo»

Contiguo a la Iglesia del Carmen

Don Pío.—Cuenta niña... Hemos oído mal. ¿Dices que te escapaste?

Dolly.—Tuve que saltar por la verja... Me lastimé un pie... A Monedero se le antojó ponerme presa en su despacho, porque dije a mamá que a todo trance quiero quedarme en Jerusa con el abuelo, y vivir siempre con él... ¡Lo que he corrido!

El conde.—(con estupor terrorífico). Veo la ignominia, veo la sublimidad, no sé lo que veo... Se hunde el cielo, se acaba el mundo o qué pasa aquí?

Dolly.—(acongojada). Papaíto, ¿por qué no miras a tu Dolly? ¿Qué dices? ¿Ya no quieres a tu Dolly?

El Conde.—(desconcertado). Eres mi oprobio... Dolly... ¿Por qué me amas?

Dolly.—¡Vaya una pregunta! (acariciándole). Ya te dije esta mañana en La Pardiña, que tu Dolly no se separará nunca de ti... donde tú vayas, voy yo... Váyase Nell con mamá: yo quiero compartir tu pobreza, cuidarte, ser la hijita de tu alma.

El Conde.—(con grandísima agitación). ¡Oh Dolly, Dolly!...

Dolly.—¿Qué tienes?

El Conde.—Parece que me ahogo... Es que Dios me abre el pecho de un puñetazo y se mete dentro de mí... Es tan grande, tan grande... ¡ay! que no cabe...

Dolly.—Si Dios entra en tu corazón, allí encontrará a Dolly con su patita coja... Abuelo, abuelo mío, cuando todos te abandonan, yo soy contigo. (le abraza y le besa).

El Conde.—(alelado). Cuando todos me desprecian, tu eres conmigo... El mundo entero pisotea el tronco de Albrit, y Dolly hace en él su nido.

Dolly.—Sí que lo haré... De veras te digo que si no me llevas en tu compañía adonde quiera que vayas...

El conde.—(vivamente). ¿Qué?

Dolly.—Me moriré de pena.

El Conde.—(abrazando a Dolly, como quien vuelve de un desvanecimiento). Dime, amigo Coronado, ¿he dicho muchos disparates? Porque siento que vuelve a mí la razón. Esta chiquilla trastornándome, me ha vuelto a mí ser, y yo, trepidando, recobro mi equilibrio. Ya ves... Todos me desprecian; ella sola me ama, y consagra a este pobre viejo su florida juventud.

Dolly.—(besándole). Albrit, ¿quién te quiere?

El Conde.—Tú sola.

Dolly.—No te llamaré Albrit sino abuelo.

El Conde.—Sí, sí: me gusta ese nombre... ¡Es tan dulce! Puedes darle el sentido que quieras.

Don Pío.—(con unción). Dios es el abuelo de todas las criaturas.

El Conde.—Por eso es tan grande. La eternidad, ¿qué cosa es sino el continuo barajar de las generaciones? Y ahora, Pío, gran filósofo: ¿si te dan a escoger entre el honor y el amor, qué harás?

Don Pío (sollozando). — Escojo el amor...

¿A qué evocar las amorosas y heroicas figuras de Antígona y Cordelia? Esas viven en nuestra imaginación con la intangible realidad que hay en los cuentos de hadas y en las leyendas. Su abnegación tiene algo de teatral y reclama el mármol. Además dijeron su amor y su dolor en otra lengua. Dolly es más nuestra, canta su ternura en nuestro idioma. Nadie ha tenido que traducirla para el mundo que piensa en español. Y su realidad no tiene nada de teatral. Acude adonde el amor la llama, con su patita coja.

Y con su patita coja ha ido a colocarse al lado de la hija de Edipo y de la hija del rey Lear. Cuando se piensa en la heroína de Sófocles o en la de Shakespeare, hay en la fantasía como la imagen de dos estatuas del amor filial. Cuando se piensa en Dolly la criatura de Galdós, es como si uno viera pasar frente al corazón a una muchachita de carne y hueso como nosotros, con la ternura en las manos, hacia un punto en donde la ternura se necesita. Va con el moño florido y una sonrisa en los labios a pesar de su patita coja. Y hay tanta sencillez en su actitud que nadie diría que camina hacia la inmortalidad.

Carmen Lyra

Costa Rica, 1935.

OCTAVIO JIMENEZ A.

Abogado y Notario

OFICINA:

50 varas Oeste de la Tesorería
de la Junta de Caridad.

Tel. 4184 — Apdo. 338

INDICE



OTROS LIBROS

Jorge Isaacs: <i>María</i>	2.50
A. Arthur Kuhnert: <i>El frente de guerra femenino</i>	3.50
Benjamin Jarnés: <i>Sor Patrocinio, la monja de las llagas</i>	3.50
Luis Joubin: <i>Metamorfosis de los animales marinos</i>	6.00
Hermann Kesten: <i>José busca la libertad</i>	3.50
General Krasnow: <i>Del Aguila del Zar a la Bandera Roja</i> . Génesis de la guerra.....	3.00
Mariano Latorre: <i>Sus mejores cuentos</i> ...	4.00
Multatuli (Eduard Dauwes Decker): <i>Páginas selectas</i>	1.50
Jean Martet: <i>Confesiones de Clemenceau</i>	4.25
Gabriela Mistral: <i>Desolación</i>	6.00
Juan José Morató: <i>Pablo Iglesias, educador de muchedumbres</i>	3.50
Salvador de Madariaga: <i>Arceval y los ingleses</i> . Juicios póstumos sobre Inglaterra que escribió Julio Arceval.....	3.50

Solicítelos al Adm del Rep. Am.

Honrar honra

San José, Costa Rica, Junio de 1933.

Señor Profesor
don Roberto Brenes Mesén

Mi distinguido amigo y h:

El Personal Docente de la Escuela República de México, que está bajo la dirección de don José Joaquín Salas Pérez, me hizo el honroso encargo de informar a Ud. que en la Fiesta del Arbol que celebramos en esta escuela el diez de los corrientes, se sembró un árbol de pino que llevará su nombre. Este pino que ostenta su prestigiado nombre, es un humilde testimonio de gratitud que la escuela costarricense debe al maestro que más hondamente ha laborado en su obra educativa.

Es para mí particularmente muy satisfactorio, aprovechar esta ocasión, para enviar un efusivo saludo al amigo y h. que tanto recuerdo y estimo, quedando de Ud., con mi más distinguida consideración, muy atento y seguro servidor.

Gilberto Huertas C.

Evanston, Ill; 4 de agosto, 1933.

Señor
don Gilberto Huertas C.
San José, C. R.

Estimado amigo Huertas:

Hace unas pocas semanas, durante el período de exámenes, tuve el gusto de recibir una fina carta de usted, en la cual me participaba una nueva que me causó a la vez sorpresa y sentimiento de gratitud.

Fué obra de amor y de una visión del porvenir de ese país lo que inspiró cuanto hice por sus escuelas. Y si esperé y quise el éxito de esa obra, jamás anhelé ni glorificación ni reconocimiento. El goce que me proporcionó la visión de una isla maravillosa entre dos canales y dos océanos levantada como una cesta de prosperidad y de cultura entre dos grandes Continentes del Nuevo Mundo, por virtud del esfuerzo de generaciones educadas para rivalizar con las mejores del mundo, había sido compensación bastante para mí. Así, pues, el homenaje de que fuí objeto en su simpática escuela constituyó una sorpresa para mí tanto más grata cuanto más bello el homenaje: el árbol que canta en el viento con sus voces de metal todos los himnos que los hombres se han callado en las faldas de las montañas y en las orillas del mar.

Quiera mi buena fortuna mantener robusta y vibrante esa lira inspirada: Su voz no murmurará mi nombre, pero recordará a las jóvenes generaciones que por esa escuela pasen, la visión de una patria tan próspera y tan culta que llegue a ser su nombre amado y respetado de las generaciones.

Ruego a usted transmitir al Sr. Director, don J. J. Salas Pérez y al personal de la Escuela y recibir usted la expresión de mi

agradecimiento y de toda consideración con que soy de Ud. h. y S. S.,

R. Brenes Mesén

Bien hacen los maestros de las escuelas con celebrar el aniversario primero de la muerte del Dr. Ovidio Decroly, que, a su modo, fué como Jesús, Pestalozzi, San Vicente de Paúl, Pasteur, Tolstoi, el Tagore o nuestro José Martí, un sincero amigo de los niños. Arrimándose a su vida, es posible que los maestros se interesen por sus ideas y conocidas éstas, trabajen por crear a los niños costarricenses un ambiente superior de crecimiento físico y espiritual. Por lo demás, está bien que Costa Rica honre al Dr. Decroly, cuyos planes de educación activa están admirablemente vertidos y realizados en los Programas de Educación Primaria que hace más de 15 años, y con mala suerte, dejó hechos nuestro Brenes Mesén. Pienso que una manera eficaz de honrar la memoria del Dr. Decroly en Costa Rica, es que los maestros preocupados pidan a sus superiores que vuelvan a la vigencia dichos Programas. Esperar que transcurran 25 años de haberlos redactado para practicarlos, es dar testimonio de atraso y de escasa comprensión de los ideales que animaron al Dr. Decroly, cuya ausencia deploramos.

J. García Monge

San José, setiembre 8 de 1933.

Una de las «Notas breves» de *Trabajo* en su edición del domingo 1.º de octubre en curso:

«Para el vago, para el que nada aspira, la Constitución es un juego de niños; para el que trabaja, para el que da su vida haciendo patria, la Constitución es la garantía de que se le respetará su esfuerzo, que el trabajador mañana no pedirá limosna a los beneficiados por las leyes de emergencia». Estas frases, tan cursis y tan mal hiladas, son de Max Jiménez Huete. Suponemos que pensando en él mismo fué que se refirió a esos que «dan su vida haciendo patria». Indudablemente que no le falta razón. Es verdaderamente agotador «trabajo» como el suyo: vigilar el cruce de animales de raza fina, pasear en automóvil, escribir versos tan malos como la prosa y veranear largamente en los balnearios de Europa, a costa del hambre de sus esclavos a salario.

Otra de las «Notas breves» de *Trabajo*, en su edición del domingo 8 de octubre en curso:

Don Joaquín García Monge nos ha enviado una carta, en defensa de Max Jiménez por una nota que sobre declaraciones de dicho señor publicamos en anterior edición. La carta de don Joaquín es un poco extensa y viendo que no va a cabernos en este número de «Trabajo» la resumiremos para nuestros lectores.

Afirma don Joaquín que Max Jiménez paga bien a sus peones, y que por eso no pueden ser llamados «esclavos a salario»; que Jiménez no hace viajes a Europa sin regresar de allá con algún «menester de civilizar», un libro de versos por ejemplo; que nosotros no sabemos lo que decimos cuando

de versos se trata; que Jiménez es el mejor poeta de Costa Rica y que la leche más saludable que se consume en San José es la de este poeta, «que a conciencia hace sus versos como cuida de sus vacas». Queda complacido.

La carta del Sr. García Monge, completa:

Srs. Editores de «Trabajo».
Presente.

Ruégoles me den un campito en su periódico para decirles algo en favor de mi excelente amigo Max Jiménez, a quien Uds. atacan de un modo injusto en el último número. Donde cabe el ataque, la defensa cabe.

He pasado días enteros en la finca de Max, en San Isidro; he conversado con los que le sirven y yo no he visto los «esclavos a salario» de que Uds. hablan. Cuatro o cinco hombres le ayudan en sus labores agrícolas. Son pocos, porque hay maquinaria que simplifica el trabajo. Max los ha enseñado (es un mecánico muy hábil), trabaja con ellos como el obrero más rudo, los trata bien y les paga un salario mayor que el usual en fincas de esa misma zona. Contentos he visto a los que con Max trabajan.

Siempre he citado el caso de Max Jiménez como ejemplar para los que aquí son de condición social semejante a la suya. Hombre de trabajo, de estudio, de letras, con dinero e independencia. ¿Cuántos reúnen estas condiciones envidiables? En el ocio y despilfarros consiguientes, muchos jóvenes aquí acaban con la fortuna heredada. Otros, aficionados a la tertulia de periódicos, de clubs, a politiquerías o negocios fáciles de cantinas y esquinas, consumieron en años estériles los mejores de su vida.

Repito, trabaja Max Jiménez como el que más y lo hace a conciencia, porque estudia mucho. El cultivo intensivo de los terrenos, el hato que cuida requieren dinero, maquinaria, vigilancia, conocimientos, constancia, cariño. Todo esto lo pone Max en su finca, con la colaboración de su noble esposa.

Es verdad, viaja de cuando en cuando a los Estados Unidos, a Francia, a España. Como recreo y como estudio. Siempre vuelve con menesteres de civilizar (1), con un libro nuevo de versos suyos. ¿Qué pecado hay en eso? Uds. hablan de sus «versos malos» por darle quehacer, o porque no saben lo que dicen. No hay otro poeta en Costa Rica con emotividad más honda, fina y original que la de Max Jiménez. ¿Por qué ultrajarlo así? A conciencia hace sus versos como cuida de sus vacas (2). La leche más saludable que se consume en San José es la que él cosecha en su finca con desvelos, estudio y sacrificios; porque las entradas aún no alcanzan a cubrir los gastos. Su lechería es un modelo de organización; allí se va a aprender cómo se hacen las cosas cuando se emplea el dinero con técnica y cariño, responsabilidad y riesgo.

Discrepa en ideas con Uds., pero eso no justifica que lo malquieran así. ¿Por qué no ser buenos amigos, aun cuando en los pareceres no se concuerde? Y sobre todo, que haya equidad en los juicios. La equidad es tan bonita; cultivándola se infunde respeto, crédito y hasta simpatías.

Créanme de Uds. affo. servidor.

J. García Monge.

San José de C. R., 2 de octubre de 1933.

Se avisa a los amigos, las nuevas señas de Pedro Henríquez Ureña:

Instituto de Filología
Reconquista 575

Buenos Aires,
Rep. Argentina.

(1) Entiendo por «menesteres de civilizar», un arbolito nuevo, semillas o bulbos de plantas no conocidas acá, ejemplares superiores de vacas, o de toros, o de aves de corral, una máquina nueva (Más ejemplos podrían citarse).

(2) En otras palabras: Conoce tan bien la técnica de su verso como la de su lechería. Técnica e inventiva a un tiempo, con el ánimo de hacerle más cómoda al trabajador su tarea.

Elogio de Mutis

Discurso pronunciado en elogio del Doctor don José Celestino Mutis, director de la Expedición Botánica de Santa Fe⁽¹⁾

= Del folleto *José Celestino Mutis. Homenaje del Ayuntamiento de Bogotá. Imp. Municipal, 1932* =



José Celestino Mutis

El espectáculo que hoy se presenta a nuestros ojos es tan interesante como nuevo. La botánica, este ramo encantador de la historia natural que hace el objeto de este acto literario, derrama a manos llenas sus beneficios sobre las artes, la medicina y el comercio. Si yo hablase delante de un público menos ilustrado, me detendría en manifestar la íntima relación que hay entre estas ciencias y la de los vegetales; pero por fortuna me hallo en presencia de un Cuerpo instruído que conoce demasiado estas verdades. Si es notoria la necesidad de la botánica para la perfección de aquellas ciencias, no es menos cierto que acabamos de establecer su estudio entre nosotros y que esta es la primera vez que se presenta en público la ciencia de Tournefort y de Linneo. Sí, sabio preceptor: ninguno puede arrebatarnos esta gloria: tú eres el primero que has presentado a la juventud como objeto de sus tareas esta ciencia preciosa. Bien puede la capital del Virreinato, esa ciudad afortunada que eligió para su residencia el hombre sabio que nos trajo las primeras nociones de botánica, gloriarse de haberla cultivado en su seno ha muchos años. Pero sólo a Quito pertenece el honor de haberla puesto en manos de su ilustre juventud, y hecho de ella un ramo de la educación pública. Todos los pueblos de la Nueva Granada oirán con asombro esta feliz revolución, este noble atrevimiento del joven Mejía. ¡Ah!, señores, es preciso una alma grande y emprendedora, un espíritu vasto y atrevido, para elevarse sobre sus compatriotas, para arruinar con una mano las preocupaciones y substituir en su lugar los conocimientos útiles que hacen el apoyo y la esperanza de la sociedad. Esto es lo que acaba de verificar a nuestros ojos este joven digno de mejor fortuna y acreedor a un eterno reconocimiento. Ilustre juventud que actualmente os educáis bajo de tan sabio preceptor, felicitaos, dad gracias a la Providencia por haber nacido en tiempos tan felices. Recoged y conservad con cuidado las semillas preciosas de las ciencias que acabáis de recibir de su mano. Tal vez ahora no conocéis toda la extensión del beneficio que se os acaba de hacer; día llegará en que asombrados con el te-

soro de luces que poseéis, que apreciados en todas partes, establecidos en los mejores puestos del Estado, os acordéis que todos esos bienes han sido dimanados de la educación sabia que merecisteis en vuestros primeros años. No lo dudéis: Mejía acaba de echar los fundamentos de vuestra felicidad; grabad esto en vuestra memoria; reconocedle y tributadle los elogios, la admiración y el amor.

Si el joven preceptor se manifiesta grande por el plan de las materias, el discípulo muestra ser digno de su maestro por la elección del Mecenas a quien consagra sus tareas. Si el mismo Linneo hubiera sido consultado por este precioso niño, no hubiera elegido mejor. En efecto, señores: ¿Cuál es el hombre, cuál es el sabio naturalista que se puede anteponer al ilustre Mutis? No penséis que hablo solamente de la Nueva Granada: incluyo también la culta Europa. ¡Ah! es preciso

ser absolutamente forastero en la república de las letras para ignorar el mérito colosal de ese hombre grande. Educado en Cádiz bajo la dirección de Jorge Juan, de Godin y de otros hombres de este mérito, se formó astrónomo, médico, botánico, físico. Una feliz casualidad, digamos mejor, las miras paternas de la Providencia, le habían destinado para ilustrar la más bella parte del Nuevo Continente. Prendado de su mérito y de sus luces, le agrega un Virrey de Santa Fe a su familia, y le confía su salud. Densas tinieblas reinaban sobre nosotros: la jerga escolástica, los delirios del peripato, delirios capaces de degradar nuestra razón, ocupaban el lugar de las ciencias y de las artes: Mutis toca en nuestras costas, la luz raya sobre nuestro hemisferio, levanta el grito y despierta a este mundo alestargado. Ilustre sabio, yo os veo en este momento cercado de una gloria que vuestros

más implacables enemigos no os podrán arrebatarse. ¡Ah!, señores, las ideas se atropellan en mi imaginación, y la grandeza de este héroe me oprime. Otros panegiristas se fatigan en buscar méritos y en extender los pequeños del objeto de sus elogios; pero yo me ahogo con la inmensidad del mío y hago los últimos esfuerzos por circunscribirlo al alcance de mis ideas. Cuando arrojo una mirada rápida sobre los últimos treinta años de su vida, quedo asombrado al ver tanto mérito y tantos servicios a las ciencias y a la patria. Apenas desembarca en Cartagena, conoce que se halla en un país virgen y rico en producciones naturales: su inclinación lo arrastraba a la botánica con la misma vehemencia que otro tiempo a Tournefort. Recorre los alrededores de esta ciudad, tala sus bosques con valor y con la simplicidad de un filósofo, y echa los fundamentos al herbario que hace la admiración y la envidia de todos. En esta época ocupaba en la Europa el primer lugar entre los sabios naturalistas, Linneo el joven; toma un ejemplar de cada una de estas plantas, las acompaña con sus descripciones y diseños, y del centro de la zona tórrida remite a la glacial las producciones de la línea. Asombrado de tanta riqueza el mayor botánico de la Europa tributa los honores debidos al español. Piensa en un suplemento al *General Plantarum* de su ilustre padre y difunde por toda la superficie del globo el nombre de Mutis, cubierto de honor y de gloria. Lo hace conocer a la Academia de Estokolmo; ésta le abre sus puertas y le pone en el número de sus socios; honra el nombre de su familia con la más bella de las plantas. La *Mutisa*, señores, es el monumento más glorioso que se ha erigido a la memoria de este sabio.

No imaginéis, señores, que esta dedicación se hizo por los motivos comunes de amistad y de lisonja, ni creáis que se debe colocar en el número inmenso de las que se han hecho a hombres oscuros y las más veces ignorantes: abuso espantoso y sobre que han declamado tanto los verdaderos sabios. La *Mutisa* apareció por la primera vez en un libro extranjero formado por el hijo de aquel que había tratado de

(1) Este discurso fué publicado por primera vez hace pocos días en el periódico *Popayán* (20 de julio de 1910). Lo halló don Santiago Arroyo en el archivo de su abuelo paterno don Santiago Arroyo y Valencia. Dicho periódico opina que fué pronunciado probablemente en los primeros meses de 1805, últimos de las residencias de Caldas en aquella ciudad. "En el manuscrito—agrega—no se dice quién fué el autor del discurso; pero el motivo, la materia, el estilo y la letra no dejan duda respecto de su paternidad". En realidad es de nuestro sabio este trabajo, y fué pronunciado por él en Quito, pero su fecha es junio de 1805. En carta de 6 de julio de dicho año le habla Caldas a Mutis de este discurso el cual—dice—lo pronunció en el Seminario de San Luis en aquella ciudad. (E. P.)

Notas sobre Bernal Díaz del Castillo

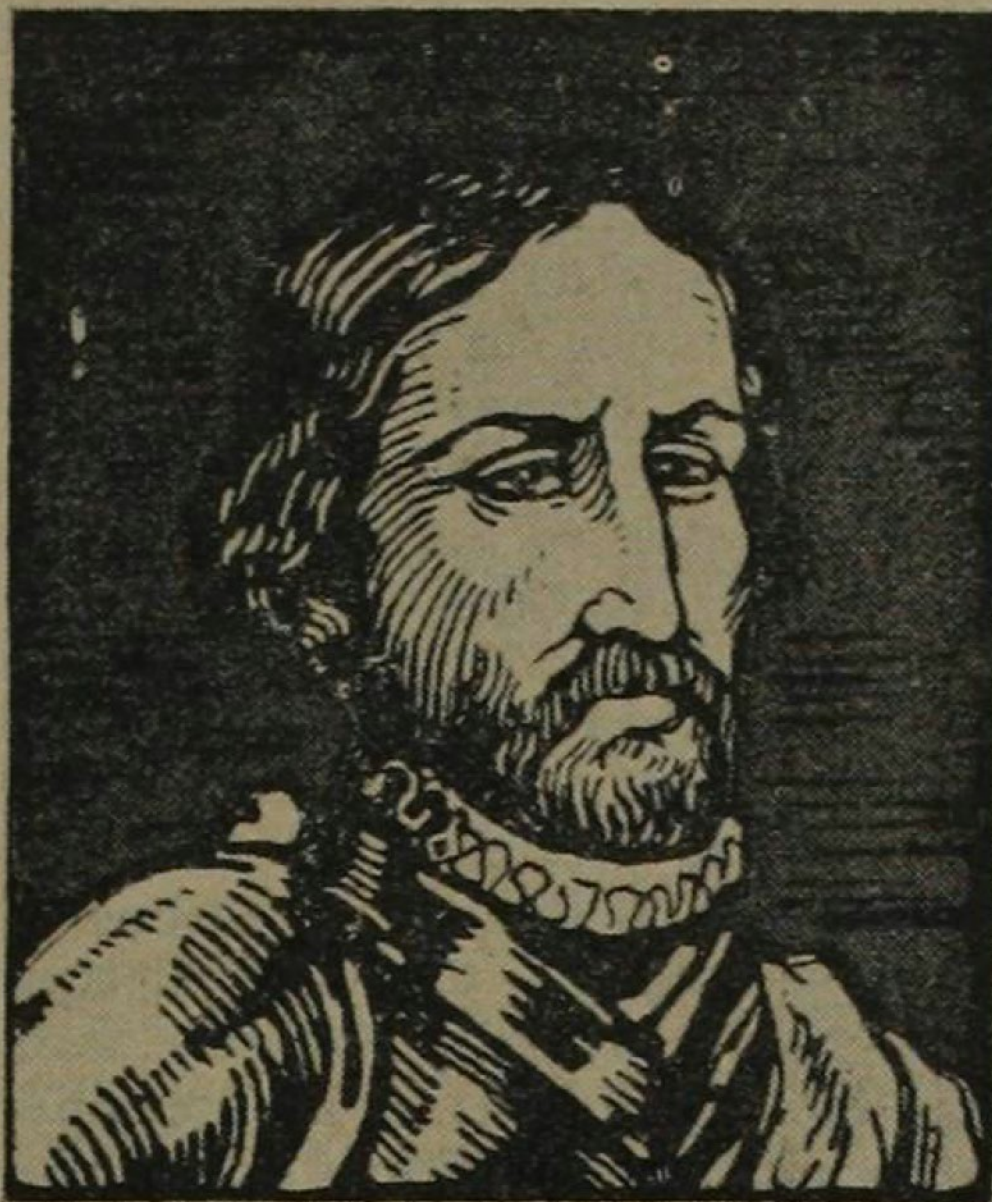
— De Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala. Guatemala. —

Es la obra de Bernal Díaz del Castillo la más importante y encantadora, la más verídica y la más completa de la Conquista de América. La prosiguió no sólo por afán de veracidad, por refutar las Crónicas de Gomara, Capellán de Cortés, y sus seguidores, sino por necesidad de volver a vivir la Conquista, por el hambre que en Cervantes engendrará el Quijote.

(“Hasta este año de 1568 en que estoy trasladando esta relación, son cinco —se refiere a los sobrevivientes de las campañas de México, a los que vinieron con Cortés—, estamos muy viejos y dolientes de enfermedades y muy pobres y cargados de hijos e hijas para casar, y nietos, y con poca renta, y así pasamos nuestras vidas con trabajo y miserias”).

Se le abrían las viejas heridas cuando escribía; dormía con las armas dispuestas, dormía vestido en su vejez, nos dice él mismo, acostumbrado por las jornadas de México. Fué dos veces conquistador, y la conquista verdadera la hizo en su mesa, siempre dentro de la armadura, pero ya no con el sable. “... más aun: no me alabo tanto como yo puedo y debo, y a esta causa lo escribo para que quede memoria de mí; y quiero poner aquí una comparación, y aunque es por la una parte muy alta y de la otra de un pobre soldado como yo, dicen los cronistas en los comentarios del Emperador y gran batallador Julio César, que se halló en cincuenta y tres batallas apalazadas, yo digo que me hallé en muchas más batallas que el Julio César...; así que no es mucho que yo ahora en esta relación declare en las batallas que me hallé peleando y con todo lo acaecido, para que digan en los tiempos venideros: esto hizo Bernal Díaz del Castillo, para que sus hijos y descendientes gocen las loas de sus heroicos hechos... Me he hallado en ciento diez y nueve batallas y reencuentros de guerra, y no es mucho que me alabe de ello, pues es la mera verdad; y éstos no son cuentos viejos ni de muchos años pasados, de historias romanas o ficciones de poetas; que claros y verdaderos están mis muchos y notables servicios que he hecho a Dios primeramente y a su majestad y a toda la cristiandad, y muchas gracias y loores doy a nuestro Señor Jesucristo que me ha escapado para que ahora tan claramente lo escriba”.

Es íntima la relación de su obra con su vida. No habría podido escribir otra. Le estaba desbordando del corazón. Los cronistas recogerían las campañas del



Bernal Díaz del Castillo

Perú, las campañas con el Turco, las campañas de Flandes o de Italia, o de extraños contra extraños. Escribió lo que fué su vida, en donde jugó su vida innumerables veces. Por eso su obra es única, superior a la obra de los historiadores, por la calidad compleja y perfecta de su testimonio. Es el soldado anónimo, la tropa sudorosa que carga sus armas y su botín y va a pie junto a la cabalgadura del jefe; por él tuvo voz, inmortalidad. Con la pluma, fué el gran aventurero, con la misma vehemencia con que llevó la espada, con la fe que a sus compañeros hizo ver a Santiago apuñalando indígenas en nombre del Señor. Nos dejó la Conquista, fresca, sangrienta, jadeante para siempre.

Es a la vez historia, memoria, epopeya y una novela como muchas de las obras clásicas. Es crónica riquísima en anécdotas, retratos, episodios, inciden-

tes, reflexiones agudas y oportunas. Se recuerda de todo: de aquel que era alguacil en su pueblo, de aquel que era tuerto, del que murió de bubas, en batalla, o murió de su muerte; del casado con hermosa mujer; del que cabalgaba el caballo de tal color y era un bribón al jugar dados; los motes, los caracteres morales y físicos, con tanta lucidez, que nos da, simultáneamente, una infinidad de perspectivas de los acontecimientos, en el desorden ordenado, imprevisto, de su memoria. Nos narra lo inimaginable con su lengua llena de barbarismos, de repeticiones. Su manuscrito carece de toda sintaxis, de toda ortografía. Escribía como pronunciaba y pronunciaba como un soldado que apenas escribe. Su puntuación consiste, únicamente, en el punto, que lo pone en donde lo cree pertinente, con abundancia y poca oportunidad, a la diablo. Esos defectos se me vuelven virtudes: permitieron la creación de su obra tal cual es: candorosa, dispensada de toda moral.

Nuevos venidos, deudos de los conquistadores, políticos influyentes que no habían hecho nada para dar a España la nueva tierra, disfrutaban — como siempre — los triunfos. Y, además, los cronistas que les enterraban en vida, que les daban muerte verdadera olvidándoles. Como buen castellano, tenía hambre de inmortalidad. Poco importaban las enfermedades, la relativa pobreza, la vejez, el triunfo fácil, estéril de los arribistas. Descuelga la lanza de Don Quijote y comienza a escribir espoleado por aquellas hambres tan justas, tan españolas. Deshace entuertos con sencillo y belicoso empeño. No duda de la misión de los invasores por un momento. Es rotundo, inflexible. Su nombre queda a la par de los nombres de sus capitanes. Ansiaba gloria milite, para él y sus compañeros que encontraron en él su voz. Y conquistó gloria para él y para ellos, para los que llegaron a su memoria, para los que no llegaron confundidos en él. Ganó la batalla definitiva cuando escribió la formidable aventura, ya viejo pero aun brioso. La raza que se dejó vencer, mereció su destino. Toda la literatura doliente en favor de ella es literatura de blancos, de latinoamericanos con nueva conciencia. El nombre mismo de América es una conquista. Desde entonces comienza a figurar en el mundo civilizado. Allí está la tropa: oro y cruz, Cristo y espada. Se identificó en él. Y con sangre se identificó la tropa con lo conquistado, en el vientre preñado de la india. Y qui-



Casa que habitó Bernal Díaz del Castillo, en la Antigua Guatemala, y en donde escribió, en el siglo XVI, la *Verdadera y Notable Relación de la Conquista de la Nueva España y Guatemala*.

sieron identificarse, también, con el espíritu, con la fe, imponiéndola con la brutal caridad cristiana que nos trajeron. Aquí quedaron sus huesos, su espíritu, para siempre. Por todas las páginas de Bernal les vemos derrocando ídolos y poniendo otros, apuñalando, violando, incendiando, marcando como bestias y esclavizando y quemando y ahorcando a los dueños de la tierra, diciendo misas y bautizando en nombre del Señor. Pero los conquistadores iban, a su vez, sucumbiendo a su propia conquista. El indio sigue allí casi igual al indio de ayer, sólo que más doliente y desvalido, sin memoria de su poderío, con nublada nostalgia de dioses remotos. La brutal caridad cristiana no pudo destruir este mundo que encontró hecho; lo transformó hacia una fase de cultura indecisa. El español dejó de ser español y gran parte del indio siguió en nosotros, confuso y contradictorio. Dos fuerzas, manifiestas y recónditas, poderosas como instintos, movían a los conquistadores: el oro y la religión. La Conquista aparece como la última cruzada medioeval y como una consecuencia del Renacimiento: fundidas, aliadas, formaron las armaduras de los conquistadores. Deseamos permanecer fieles, pero ya sin fe, a tradiciones rotas. Carecemos de religión y de moral. O deseamos incorporarnos a ajenas tradiciones. Nuestras formas sociales y políticas han sido postizas: jamás ha existido entre nosotros la República. A partir de los primeros conquistadores, empezaron a actuar esas corrientes. Díaz del Castillo ya era un poco de esta tierra, un poco, fuerte aún en su primaria posición brutal, seguro de la misión española, resbalaba en el tiempo hasta nosotros, abrazado a los aborígenes que apuñalaron en estas sierras y en estos tiempos.

Sentimos con él las fatigas, el peso de las armaduras. Se vive la vida que vivieron. Narra los sucesos llana, pintorescamente, mezclando los detalles más varios, más inesperados. Frescura, candor, y, a pesar de sus repeticiones, de sus equivocaciones, de sus contradicciones, de sus exageraciones probables, es la más verídica, la más auténtica y la mejor de las crónicas de la Conquista. Su relato es el más complejo y el más completo. Se determina al conquistador. Convivimos con el pueblo español que invadió; con la soldadera temeraria que busca oro, ayudada de escapularios y arcabuces. Aparece de cuerpo entero entre las simples frases retorcidas, en los detalles pueriles y valiosos que hacen el texto lo que es. "Me mataron el caballo que me costó seiscientos pesos..." "Yo digo que nunca tuve codicia del oro, si no procurar salvar la vida; porque la teníamos en gran peligro; mas no dejé de apañar de una petaquilla que allí estaba, cuatro chalchihuis que son piedras muy preciadas entre los indios, que presto me eché entre los pechos, entre las armas..." "y aun los cuatro chalchihuis que yo tomé, si no me los demandara Cortés, los

cuales me fueron muy buenos para curar mis heridas y comer del valor de ellas". Afortunadamente Díaz del Castillo no era historiador, afortunadamente apenas escribía... Ya vendrían hombres que nos darían la Conquista en orden armónico; que nos darían diseccionado lo que él nos ofrece palpitante, lo que dejó vivo para siempre en la realidad de su recuerdo arrebatado y fogoso. Su narración es más que simple historia. Sus errores no molestan la perfección de su libro. Es el caso en que los defectos se vuelven cualidades. Precisamente, el calor, la vida de las páginas, es su candor, su vehemencia. Nada importa, para volver a vivir esos días, los errores que contiene, errores secundarios para el espíritu vasto de la obra, muchos de los cuales, después de corregidos siguen dudosos siempre. ¿Quién puede corregir, años más tarde, al que tomó parte en los acontecimientos más importantes de una de las aventuras más prodigiosas de la Historia, socorrido por crónicas posteriores o con evidente intención política, con determinado propósito casi todas ellas? Sólo se proponía narrar, tal como recordaba las cosas insurrectas en su memoria que pugnaban por saltar a las páginas. Es un documento al cual se vuelve siempre por placer o estudio. Es casi inapreciable su riqueza varia, sensible su sinceridad, su veracidad hacedera dentro de la complejidad de tales hechos. Vivos aun los actores, los testigos, nacen opuestas narraciones; cada cual hace comentarios, hipótesis, escribe de modo diferente el mismo acontecimiento. Sobre esos testimonios igualmente válidos, se superponen pruebas contradictorias, aparecen nuevas soluciones. La obra del genial cronista, ajena a toda política, a pesar de que tenía señalado propósito, resiste las más agudas críticas. Los alardes son pruebas en su favor, como sus pocas letras. Su fidelidad, su amor a Cortés no es ciego, sino sagaz e inteligente. Algunos de sus yerros son manifiestos, pero nada sospechosos. A veces no está de acuerdo ni consigo mismo. Por ejemplo, aquellas cifras de la retirada de México: la retaguardia del ejército se componía de 120 españoles, y, en el mismo párrafo, 150 de ellos fueron muertos. ¿Cómo difieren las versiones en los cronistas! Prescott formó un cuadro con esas diferencias. Igual acontece con datos cronológicos, con nombres indígenas terriblemente desfigurados, irreconocibles en muchos relatos. El esfuerzo del historiador yanqui es la síntesis más lograda de tales hechos. Sin embargo, yo veo más viva y más clara, como filmada, a la Conquista, en las páginas de Bernal. No se pueden comparar dos textos como los de Prescott y los del soldado. Incomparables como son, obras de dos mundos diferentes, ofrecen mejor sus propias perfecciones con su vecinanza. Más que en la síntesis de Prescott, seguimos creyendo en el testimonio del conquistador, por su humanidad, por tener más alma. La época salta con tanta realidad, que parece ficción, que

parece irreal y verdadera como un sueño. Contemplamos las blancas ciudades entre las lagunas, desde lo alto de un templo; vemos los tropeles de caballos, oímos los arcabuces, el rumor de los mercados, el rumor de la corte del Emperador, sibarita, doliente y extraño.

Nos cuenta que mostró su historia a dos licenciados que querían saber mejor los sucesos de la Conquista: "e yo se las presté, porque de sabios siempre se pega algo a los idiotas sin letras como yo, soy, y les dije que no enmendasen cosa ninguna de las conquistas, ni poner ni quitar, porque todo lo que yo escribo es muy verdadero..." "me dijeron los licenciados que cuanto a la retórica que va según nuestro común hablar de Castilla la Vieja, e que en estos tiempos se tiene por más agradable porque no van razones hermoeadas o afeitadas, que suelen componer los cronistas que han escrito en cosas de guerras..." "miren los curiosos lectores por letra lo acaecido y no miren la retórica ni ornato; que ya cosa vista es que es más apacible que no ésta tan grosera mía; más suple la verdad la falta de plática y corta retórica, dejemos ya de contar ni de traer a la memoria los borrones declarados, y como yo soy más obligado a decir la verdad de todo lo que pasa que no lisonjas". Aquí se adelantó a sus futuros críticos y comentaristas, se opuso a los cronistas como Gomara, como Solís; hizo la crítica de sus críticos. Los licenciados le cayeron encima, como más tarde muchos de sus glosadores, con sus ridículas espadas de gramáticos. Los defectos que señalan, se me hacen virtudes. No se le puede juzgar como Historia. Es un soldado que narra sus campañas. ¡Y cómo lo hace! Su vida, su obra, le retratan de cuerpo entero. Como los jueces de un tribunal en Cuba no le quisiesen atender, desenvaina la espada decidido a cargar sobre ellos, pero los guardias le desarmen. El gran manchego y el escudero están en él a menudo. Su obra no será nunca sólo un documento histórico, una simple crónica de asuntos memorables. Si suprimiésemos sus fanfarronadas, su lenguaje tosco pero preciso, sus observaciones tan insólitas como pertinentes, si le pusiésemos, en fin, el birrete del profesor o la pluma del bachiller, sería sólo eso: una historia, una crónica, una memoria. Es memoria, novela, epopeya, crónica, historia, a la vez, escrita con innato y puro genio de la lengua. Aparece la Conquista personificada con sus complejas corrientes. La Conquista: don Quijote, Sancho, la cruz, el oro, pujanzas que España encauzaba en sus místicos, sus poetas, sus pintores del Siglo Aureo y en sus navegantes y conquistadores, movidos por la misma fuerza hacia rumbos diferentes: hacia la acción, o hacia la esencia de la acción: el sueño. Estamos en la Conquista como en un mito viviente. La Conquista: un dragón con alas de ángel. Parece un motivo abstracto, fuera de tiempo y espacio, tan real, que parece inverosímil. Bernal dejó ese mundo enterrado, vivo y fresco, al

alcance de la mano. Siempre que le leo, tengo nuevo goce, nueva sorpresa siempre... Para ser imparcial, hay que ser apasionado: su honda pasión transparente forma una realidad casi irreal de verdadera. A ratos se dirían fragmentos fantásticos, historias mitológicas, contiendas descomunales, sobrehumanas. Pero luego sabemos sus nombres, convivimos con ellos; les vemos picados de viruelas, sabemos que hacen trampas al jugar barajas, sabemos los colores de sus corceles y que aquel que era alguacil en su pueblo, tenía muy buena voz, o era tuerto, o casado con hermosa mujer. Es un relato liso y a la vez lleno de eminencias. No trata de probar nada; nos hace, mas bien, que olvidemos su propósito. Dice lo que pasó tal como lo recuerda; lo dice hablando, seguro de su memoria que parece infalible. Cuando no toma parte en las batallas o expediciones que describe, lo advierte, nos lo recuerda. Figuró en las principales hazañas, y aquellas en que no estuvo, las narra con conocimiento de causa. Su obra es la Conquista de América, es la época de Ponce de León y las fuentes de la vida eterna, de Vazquez de Coronado y fray Marco de Niza, y las islas maravillosas, de Cortés, los Alvarado y sus armadas, que irían a tierras imaginadas.

Los cargos que hace a Cortés, parecen justos. Sin duda manifiesta el pensar, el sentir de la tropa. Tiene por Cortés gran estimación; pero no ciega, sino alerta y libre. No son nada sospechosas las inculpaciones a Cortés y otros jefes. Siguen en pie, no obstante las defensas de los historiadores. El oro los mantuvo divididos en grupos, en facciones prontas a apuñalarse. En torno a la disputa de tierras y su Gobierno, gira la historia de la Conquista y la Colonia. Sus cargos son concretos, pero lleno de celo salta a la defensa del jefe, lo ensalza, lo compara a los más grandes capitanes. Recuérdense ciertos pasajes insinuadores en que hay que leer entre líneas. Durante el sitio de México estuvo con la columna mandada por don Pedro de Alvarado. Son las memorias más exactas en lo que se refiere a ese Ejército. Lo que narra de las otras columnas y de los bergantines, lo conocía perfectamente por el contacto continuo en que vivían. El fracaso de unos era la muerte de los demás. Las maniobras de las otras columnas eran muy semejantes a las maniobras de la columna capitaneada por don Pedro. Prescott intentó coordinar las versiones de los conquistadores y de los cronistas, sin mucho éxito. Su vista de conjunto, simultáneo, del sitio de México, es de los mejores esfuerzos que se hayan hecho para reconstruirlo. Pero la contradicción de los textos es tan grande, las diferencias tan marcadas, que la coordinación siempre es facticia. El sitio sigue con toda intensidad, con la mayor exactitud posible, en los relatos del soldado. Los hechos son diferentes para cada testigo y más en un caso tan vasto como la conquista de un pueblo. Coordinar los di-

ferentes testimonios es casi imposible. Las cartas de Relación de Cortés encierran determinado propósito, un punto de vista impuesto por sus conocimientos, por sus relaciones con la Corte, con Diego de Velázquez, por su responsabilidad. Los hechos están movidos, orientados dentro de su conveniencia. Todo está visto desde su jefatura, desde sus intereses: son cartas políticas. Las Cartas de Relación de don Pedro de Alvarado son de un laconismo militar muy grande. Son cartas rígidas, sin emoción, inhumanas. Son partes de un soldado a otro soldado. Don Pedro veía a través de las hendiduras de su yelmo, desde su armadura que no dejaba percibir el latido de su corazón. Acaso de las crónicas de América sólo las del Indio Garcilaso puedan compararse; pero siempre carecen de las virtudes peregrinas de la Historia Verdadera.

He tenido cuidado de no abandonarme a mi entusiasmo, temeroso de que, en vez de apreciar reflexivamente, cediese a frases ponderativas sin alas ni raíces. Si siempre debemos aproximarnos a una obra con fresca memoria, virgen jamás en demasía, ágiles y elásticos, este es un caso para hacerlo con excesivo cuidado. Se puede leer ya sin pasión obtusa lo que narra, sin que se entrecruzen sentimentalismos religiosos, lamentaciones románticas por los indígenas. El idealismo alto y viril que representó un Felipe II, es demasiado considerable, y, además, no es el proceso de la Conquista, de sus hombres. No nos interesa ensalzar a Cortés o deprimirlo, aprobar a los invasores y sus fanatismos, más ciegos que los fanatismos vernaculares. La síntesis equilibrada, fría, de un Prescott, nos ayuda a considerar con ojos extraños aquellos hechos. He querido ver la verdadera historia, como si narrase sucesos irreales, verla como si tratase de aventuras en la luna, verla como si fuese una fábula de fuentes. Fábula aun más asombrosa por su firme apoyo en una realidad muy próxima, tangible dentro de mí. Se trata de un relato que escribió un soldado sin ninguna otra preocupación que narrar con exactitud... Narra con palabras de un aplomo tan perfecto que jamás cimbrean, sino que se hincan cándidamente duras. No sospecha, no duda un instante de la misión de los invasores, no se le ocurre discutirla, no percibe la posibilidad de que haya mucho de inicuo en ella. Es neto, es llano, habla desde la cima de su candidez. Impersonal, dijera; pero con pasión ingenua y diáfana, con mineral certeza como no juzga al mar una península. No es memoria, no es novela, no es historia, no es crónica. Desborda esos moldes, no le son ajenos. Es tal vez uno de los monumentos más perfectos de las artes populares. Es la obra del pueblo, de la tropa de la Conquista. Si queremos exigirle precisiones que no debemos, si queremos medirle con unidades establecidas, el ridículo cae sobre nosotros. Es como si quisiésemos corregir el dibujo de los retablos, la lengua de los corridos. Aun

caminando con extremo tino, por poco sensibles que seamos, nos daremos cuenta de que nuestros pasos echan por tierras invisibles arquitecturas de cristal. Me gustaría una edición en su lengua campechana, con su puntuación casi ilusoria, exacta al original. Sabemos que su cronología, que sus itinerarios, no son infalibles. No es un historiador, un cronista, y no sé qué sea, ni me interesa saberlo. Lo leeré de nuevo, sin que me inquiete clasificarle. Encontré una época en un hombre, una sensación de universalidad. Me viene a la memoria Benvenuto y sus bellísimas Memorias. Más que el interés histórico, es esa universalidad lo que cautiva. Y, además, sumen-se factores como éstos: escenas, momentos, personajes, episodios extraordinarios de la historia. Todas las comparaciones son poco pertinentes. Sigue aislado, original. Releo la Noche Triste, y de pronto aparece don Pedro: "...porque luego encontraron a don Pedro de Alvarado bien herido, con una lanza en la mano, a pie, que la yegua alazana ya se le había muerto, y traía consigo siete soldados, los tres de los nuestros y los cuatro de Narváez, también muy heridos, y ocho tlascaltecas todos corriendo sangre de muchas heridas..." "nos decían oh, oh, los luliones, que quiere decir; oh, putos, aún aquí quedáis vivos, que no os han muerto los tiacanes?" El cielo del libro es su humanidad. Recordó con sencillez y con pasión, con vehemencia contenida. La soldadera conquistadora, el pueblo que compone las coplas, el que acarrea las piedras de las catedrales, canta en su voz. Es difícil encontrar a quien no le plazca porque está, por un motivo o por otro, al alcance de todos. Tiene la forma que separamos darle, como las nubes. Hay tantos caminos en su construcción madreporica, que depende del viajero encontrar lo que buscaba. Lo que se busque se encuentra, todo revuelto, pero puro. La importancia de un juicio consiste en la parte creativa del que comenta. La crítica es invención. Las nubes tienen mil formas al mismo tiempo; cambian según el tono de nuestra voz. Pero no todos sienten la ubicuidad de las nubes, no todos saben esculpir las y les aparecen como un promontorio tosco. Se le movía el blanco a Díaz del Castillo y disparaba sus balas de plata a todos lados. Las balas perdidas daban en otros blancos. La importancia histórica es inmensa, y, sin embargo, como agregada. La nube cambia de forma y emerge Don Quijote. La nube como una masa de vísceras, de entrañas. Bernal, con una cornada en el vientre. Está viejo, camina doblándose, se arrodilla, lame piadosamente sus órganos palpitantes, se persigna y no muere. Tenía miedo de morir: era realmente valiente. Con toda clase de pasiones escribió su obra imparcial, porque es apasionada. Poco a poco arrastraba las piedras para la catedral. La nube se pone a cantar y a bailar coplas. A veces, es un vuelo de palomas. Es un palacio, una esponja. Es un cúmulo de tiestos, tropeles

y gritos. Se aprecia un libro por razones que no tienen ningún peso, ninguna influencia para otra persona aparte de nosotros.

El cielo del libro es su humanidad. Nubes... Los hechos se animan dentro de su propia atmósfera. Páginas adentro se está realmente en la Conquista. El recuerdo se mantiene en ese punto en que ya no se sabe si es recuerdo o sueño, realidad exacta. Historia, leyenda: lo verdadero que preserva el tiempo po. Todo lo puro va hacia la fábula, hacia el cielo de las nubes. Hay que leerlo con la mente fresca que goza con las musas populares. En las ramas del Capitán Bernal Díaz del Castillo, en una primavera mental, esos frutos deliciosos no se pasan.

Luis Cardoza y Aragón

México, 1932.

BIBLIOGRAFIA

DE BERNAL DIAZ DEL CASTILLO

Obras:

Verdadera historia de los sucesos de la Conquista de la Nueva España, por el Capitán Bernal Díaz del Castillo, uno de sus conquistadores.

Brasseur de Bourbourg cita en *Bibliothèque Mexico-Guatemaliense* (Maissonneuve, 1871), que el Padre Francisco Ximénez copió un manuscrito de 22 folios, de Bernal Díaz del Castillo, quejas y ataques contra los religiosos de Santo Domingo, fechado el 22 de

noviembre de 1547. (Brasseur nos dice que se dudó de la existencia del Capitán por 1851).

Carta a Carlos V, relatando los abusos del Gobierno del Nuevo Mundo. Fechada en Santiago de Guatemala, 22 de febrero de 1562. Figura en *Cartas de Indias*, publicada por primera vez por el Ministerio de Fomento, Madrid, 1877. (Imprenta de Miguel G. Hernández).

Carta a Felipe II, sobre abusos del Gobierno, también. Propone que se le nombre fiel ejecutor. Fechada el 20 de febrero de 1558. (Citada en la obra del Congreso Internacional de Americanistas, Madrid, 1891).

Algunas ediciones de su obra principal:

En español: Editada por primera vez por el P. M. Alonso Remón (254 folios). Imprenta del Reyno, Madrid, 1632. (Hay dos ediciones muy seguidas).

Imprenta de don Benito Cano, 1795, Madrid, cuatro tomos en 8º (Los tres últimos aparecieron en 1796).

Nueva edición corregida, París, Librería de Rosa, 1837, cuatro tomos impresos por A. Everart y Cía., en 12º.

Historiadores Primitivos de Indias. (Biblioteca de Autores Españoles. Rivadeneira, Madrid, 1852-53). Enrique de Vedia informa que la edición primera del Padre Remón se hizo sobre el manuscrito de Lorenzo Ramírez de Prado, copia alterada del original. (Volúmenes en 4º mayor, a dos columnas. La obra de Díaz del Castillo está incluida al principio del segundo tomo, páginas 1 a 317).

Tipografía de R. Rafael. Calle de Cadena 13-1854, México. Cuatro volúmenes en 4º común.

Imprenta de I. Escalante y Cía. Bajos de San Agustín, 1. 1891-92. Tres volúmenes en

4º mayor. Noticias sobre el autor por don Joaquín García Icazbalceta.

Edición según el código autógrafo, por Genaro García, México, 1904.

Edición de Louis Michaud, 168 Boulevard Saint Germain. París, cuatro tomos.

Edición de Espasa y Calpe.

(El manuscrito original se encuentra en el Archivo del Ayuntamiento de Guatemala. Se compone de 297 hojas de cerca de 60 cms. de alto por 38 cms. de ancho y 7 cms. de espesor, pasta de piel. La firma deteriorada con la punta de una aguja que algún bárbaro usó para copiarla. Don Francisco de Aycinena cuenta en carta dirigida a don José María de Agreda y Sánchez, 5 de enero de 1891: "que el Gobierno encargó copia a un buen pendolista, don Domingo Castillo, y éste la sacó después de mucho tiempo de trabajo. No sé el motivo por qué ya no se envió eso a México". "...después enviado a la Biblioteca Nacional de esta ciudad, donde existe". Recuerdo lo que dice el señor Aycinena a su corresponsal mexicano porque hace poco leí que el Licenciado José Antonio Villacorta preparaba una edición. Sería de mucha utilidad la copia a que se refiere el señor Aycinena. ¿O está perdida? Sólo habría que confrontarla minuciosamente con el original. Estoy casi seguro de que todas las ediciones que existen son falseadas. La mayor parte de ellas han seguido a la edición del Padre Remón. También ésta ha servido para muchas traducciones y para muchos de los estudios más serios. Y la edición de Remón es inexacta y posiblemente incompleta. Acaso muchos pasajes no convenían imprimirlos; párrafos cambiados, vocablos, capítulos demasado libres acerca de costumbres, críticas a religiosos, a conquistadores. Lo cierto es que la edición príncipe que ha servido para las posteriores, es defectuosa y que hasta la fecha tal vez no existe una sola verdadera).

MATLA (2)

(Fantasía indígena)

por

EUCLIDES CHACON MENDEZ

= Envío del autor. Alajuela, Costa Rica, 1935. =

MATLA

En la época en que situamos este relato Cararé era el más poderoso cacique de las tribus güetares, cuyo asiento principal estaba en el valle de Ujarrás. A su Corte afluía el total de las cosechas de ese fértil territorio. Sus tribus se repartían hasta los confines del golfo de Nicoya, de cuyas riberas las separaba estrecha zona, dominio del chorotega; pero desde las sierras de Turrubares, podían gozar con el paisaje del mar y las numerosas islas que, cual lunares de verdura, maculan soberbiamente el cristal movable del golfo. Ello no significaba que los güetaros no intentaran incursionar sobre la costa y aun aventurarse en las aguas en delgadas canoas, ligeras como gaviotas; pero siempre de manera circunstancial, pues la hostilidad de la tribu enemiga ponía coto a tales pretensiones de dominio.

El pueblo güetar, con su hermano el viceita, constituía la rama mayor de los ceribes. Cararé era el tipo genuino del

déspota indígena; dueño y señor de vidas y haciendas de sus súbditos, en sus dominios imperaba su voluntad como única ley. Su palenque gozaba fama por la brillantez y prodigalidad de las fiestas. Situado a la vera de uno de los varios tributarios del Reventazón, cabe ancho y profundo remanso, abundante en pesquería y orillado por apretadas arboledas de prolífera caza, el palenque atraía a los pueblos más remotos, y en los días de grandes celebraciones el valle de Ujarrás hervía de gentes como inmenso hormiguero.

Distinguía al Cacique ardiente carácter batallador, una notable disposición para el mando y rara destreza como estratega. Su vida transcurría en empresas de conquista, en fructíferas cacerías o en fastuosas fiestas. Elevado al cacazgo casi en la adolescencia aun poseía vigor juvenil, aunque ya rozara los cuarenta años. De agradable presencia y recia contextura muscular; talla me-

diana, más bien alta que baja, y robusto como la mayoría de los varones de su tribu.

Poseedor de riquezas, árbitro único del destino de numerosos pueblos, Cararé, sin embargo, padecía de un mal atroz, el hastío, cilicio de los poderosos. Cararé no era, pues, feliz. Su existencia en medio del fausto de la Corte o en el peligroso ejercicio de la guerra, vivía en la más acentuada soledad interior. Ni el poder omnímodo, ni la obediencia reverente de sus vasallos, ni el esfuerzo de curanderos y adivinos, ni las plegarias de los sacerdotes lograban hacerle vivir con tranquilidad. Quizá por eso Cararé llevaba una vida agitada, a caza de fuertes emociones. Quería ahogar su aburrimiento con el ruido de la guerra, el monótono ritmo de los timbales o la música de las chirimías. Y, en ocasiones, desesperado, ordenaba sacrificios humanos a los dioses, verdaderas orgías macabras; el espectáculo de la sangre y el alarido de las víctimas ensordecían el clamor de su hastío. Cararé, sin embargo, no era un monstruo. Su crueldad traducía un intenso dolor íntimo: de él habíase enseñoreado la tristeza legendaria del indígena de América.

Para las gentes del valle no era secreto que la melancolía de su señor había echado nuevas raíces desde que en una expedición contra Nicoya, conoció y amó a Yara. Desde entonces sus días no tuvieron sosiego y la paz del palenque hu-

Elogio de Mutis...

(Viene de la página 216)

bárbara en la botánica a la nación española. Sólo la justicia arrancó de las manos del ilustre sueco esta dedicatoria debida a la virtud y al mérito. Entonces fué cuando conoció la península al hombre grande, al botánico ilustrado que tenía en su seno; entonces fué cuando toda la España admirada puso sus ojos sobre Mutis y concibió las esperanzas lisonjeras de borrar para siempre la nota infame de bárbara con que el gran Linneo había manchado el honor de la nación. Ocupaba el trono el mejor de los reyes predecesores, el piadoso, el justo, el sabio Carlos III, cuya memoria será grata mientras exista la nación española; le rodeaban Ministros ilustrados y celosos del honor de la Monarquía; se trata de mandar a todos sus dominios expediciones de historia natural; se erige la del Perú, la de Méjico, la de Habana, la de Filipinas y la de Santa Fe; sabios profesores se destinan para el desempeño de las primeras, y la última se pone en

manos de Mutis. No quiero entrar en un paralelo del resultado de estas expediciones: los sabios y la posteridad estimarán el mérito, las ventajas y la sabiduría de cada una de ellas. Yo me limito solamente a decir lo que es la de Bogotá.

Así que se halla encargado este modesto sabio de una comisión que le hace tanto honor, no piensa ya sino en sacrificarse entero al progreso de las ciencias, a restablecer el honor de la nación, vulnerado, y a corresponder dignamente a las benéficas intenciones del Soberano. Forma un plan vasto, digno de él, y toma todas las medidas necesarias para ejecutarlo. Herbolarios, oficiales en la parte científica, diseñadores europeos, y quiteños, expediciones por todas partes, herbarios soberbios, acopio de semillas, de maderas, de resinas, plantas vivas para el jardín botánico de la Metrópoli; encargos, noticias, nivelaciones, medidas, todo se pone en movimiento, y se comienza la

conquista del imperio de la flora. No se contenta el jefe de esta complicada expedición con sólo los vegetales y extiende sus miras a los animales y a los minerales, y después de haberse sentado en el solio de Linneo, quiere ocupar el de Buffon y de Bergmann. El centro de todas estas operaciones científicas fué la ciudad de Mariquita, lugar miserable, pero que llenaba todas las miras de este sabio. En el seno de los bosques inmensos que la rodean pasa muchos años separado de los hombres y entregado únicamente a la contemplación de la naturaleza. Las grandes fatigas debidas a la malignidad del clima quebrantaron su salud y fué necesario dejar a Mariquita para restablecerla. No podía verificarse esta difícil traslación sin consulta del Soberano: se ejecuta y el augusto Carlos III expide una cédula que hace tanto honor al Monarca que la dicta como al botánico que la merece. "La vida de Mutis es preciosa—son palabras de S. M.—; en ella se interesa el progreso de las ciencias y el honor de mi nación: encargo al Virrey de Santa Fe pres-

te todos los auxilios a este sabio, para que se transporte a donde mejor convenga a su restablecimiento". En 1790 trasladó su expedición a la capital del Virreinato, y comenzó a echar los fundamentos de esta oficina de las ciencias que hace hoy el más bello adorno de Santa Fe. Yo apelo al testimonio de los viajeros que han tenido la suerte de conocer este palacio, este templo de la historia natural y de las matemáticas. Pasemos en silencio la majestad del edificio y fijemos nuestros ojos sobre las producciones de la naturaleza y del arte que encierra. La biblioteca... Ah! señores, el espíritu más valiente se agobia al aspecto de tanta majestad. El sabio viajero que acaba de visitarnos, Humboldt, que ha recorrido todas las Cortes de Europa, que ha revisado las bibliotecas de los sabios de esa parte del mundo, admira la de Mutis y exclama: "La biblioteca del Presidente de la Sociedad Real de Londres es la más interesante y copiosa colección de que puede gloriarse el Antiguo Continente; pero debe ceder, sin disputa, a la de Mutis". Con-

(MATLA) FOLLETÍN DEL *Rep. Am.*

(5)

yó lejos. Por su amor, Cararé trató, en determinadas oportunidades, de ajustar un pacto de amistad con el padre de Yara, pero siempre fué rechazado. Kaurki comprendía que Cararé buscaba la paz no por deseo de reconciliar a las tribus y acabar con su rivalidad, sino por satisfacer codiciosa pasión. El cacique de Ujarrás debía renunciar a su hija como primera condición para conseguir su alianza; de lo contrario ¿qué garantizaría a Kaurki la lealtad de su nuevo amigo? He aquí el escollo inevitable que mantenía viva la enemistad entre choro-tegas y güetares.

En tales circunstancias los hombres de Cararé apresaron a la propia hija de Kaurki. ¿Sería un regalo de los dioses? Cararé ordena que Yara guarde prisión mientras se decide su suerte. La joven princesa no era, en verdad, botín de guerra, lo que exigiría, conforme la costumbre, dos penas: la esclavitud o el martirio. Yara había sido sorprendida en dominio no amigo y su silencio le hacía objeto de graves sospechas, entre las cuales la de espionaje fué ganando voluntades cada vez. ¿Por qué no? No era raro dadas las excepcionales condiciones de la muchacha. Con el espía la ley indígena era inmisericorde: en tal caso Yara sería sacrificada a los dioses en una de las grandes festividades del sol.

Pero Cararé, poderoso, apasionado, desafiando la oposición de los jueces que juzgaban su actitud como grave sacrilegio, resuelve perdonar la vida de su cautiva, pretextando que ésta con sus relatos y canciones lograba aliviarle de su hastío; pero si llegada la gran festividad la joven no ha conseguido curarle radicalmente, él no podría ya oponerse a que el sagrado acto se cumpliera. De manera que dos angustiosos horizontes se ofrecían a la cautiva: la esclavitud o el sacrificio. De ambos prefirió Yara, como era natural, el primero: desde entonces se propuso rescatar su vida a fuerza de ingenio, del cuchillo del Gran Sacrificador, y cada noche narraba cuanto su viva imaginación le dictaba hasta que el regio enfermo rendíase al sueño.

Así fué como la princesa nicoyana, flor la más hermosa de las tribus choro-tegas, vino a la Corte del Cacique de Ujarrás...

Es la sala principal del palenque de Cararé. Al fondo, sentado como Buda, el Cacique. Le sirve de asiento muelle cojín de trenzadas pajas. A su lado, rígidos, dos esclavos casi desnudos, armados de lanzas de flexible madera y diseñadas a usanza indígena. Cararé ocupa pequeña tarima, alta un palmo a lo más del suelo. A su vera una linda

doncella, que cubre sus juveniles formas con larga túnica de anchas franjas coloreadas, mantiénese en respetuoso silencio. Dos gruesas argollas de carev penden móviles de sus orejas y un collar de abultadas cuentas, blancas como motas de nieve, abraza su delicado cuello; en el extremo de la prenda, donde se inicia la división de los senos, juega nervioso un amuleto de oro. La indumentaria del Cacique es rica, vistosa: sobre la cabeza desniega su abanico multicolor una diadema de plumas ceñida a la frente por cinto dorado: colgante sobre el pecho largo collar de varias hileras de colmillos de animales: en los brazos, dobles anillos de oro. Su rostro, sin ser duro, es enérgico, con esa severidad característica de la raza.

La doncella es muy joven aun: diez y ocho años a lo sumo.

A la izquierda la puerta principal del palenque, en la cual sirve de cortina pesado manto de bordes coloreados. A la derecha, bello grupo de tres princesas que escuchan en silencio la conversación y hacen de vez en cuando comentarios en voz baja. Sus indumentos son apropiados a personas de alta significación en la Corte. Sobre las paredes escudos, flechas, patenas y otros objetos. También trofeos de guerra y de caza.

Es el momento en que el día apaga su fulgor en poniente: hacia el centro de la estancia consume los últimos leños un toscó brasero y su lumbre se quiebra en reflejos, como pajillas fosforescen-

fezemos, señores, de buena fe, que no es mérito tener libros excelentes: podemos heredarlos, podemos recogerlos por el consejo de otro sabio, pero cuando privados de este auxilio se elige, se ordena, se accipia lo más grande y lo mejor que ha salido de la pluma del hombre, es preciso reconocer en su autor a un sabio. He aquí en pocas palabras lo que ha verificado el Director de la Expedición de Bogotá.

La sala de instrumentos no cede a la biblioteca. Se cree, el curioso que la visita, transportado al Observatorio de París o de Greenwich: ¡tanto es el aparato, tanta la variedad de máquinas científicas! Telescopios, péndolas, cronómetros, sextantes, cuartos de círculo, barómetros, teodolitos, hidrómetros, neumáticas, eléctricas, microscópicos y cuanto las artes han producido de interesante, se halla en este depósito soberbio.

Jamás se ha presentado a mis ojos con más claridad la inmensa extensión de la naturaleza viviente, que el día dichoso que entré en el salón en que se hallan depositados los esqueletos. ¡Qué núme-

ro! ¡Qué variedad! Puede ser que París y que Upsal hagan ventajas al herbario de Mutis, pero a ninguno cede en propiedad. Aquí vi, señores, cuánto producen los bosques de nuestra patria y los raros animales que los habitan.

El grabador Smith ha obtenido el imperio del diseño hasta nuestros días. Yo vi balancear sobre su cabeza la corona que todos los sabios de con-

INDICE



10 LIBROS QUE LE INTERESAN:

Luis Jiménez de Asúa: <i>Al servicio de la nueva generación</i>	C 3.50
Gibrán Jalil Gibrán: <i>El profeta</i>	3.50
Carmen Karr: <i>Cuentos a mis nietos</i> . Pasta	4.50
R. Tagore: <i>Gitanjali</i>	3.50
Cornelio Tácito: <i>Los Anales</i> . 2 vols. Pasta	8.00
B. Sanín Cano: <i>Indagaciones e imágenes morales</i>	2.50
Juan Tamayo y Rubio: <i>Teoría y técnica de la literatura</i> . (Preceptiva literaria)..	6.00
Turgueniev: <i>Asia</i>	1.00
Turgueniev: <i>Fausto</i>	1.00

Solicítelos al Admor. del Rep. Am.

cierto habían decretado al artista británico, cuando puse mis pies sobre los umbrales de la sala en que trabajan los pintores. Las expresiones me faltan, señores, para referiros lo que mis ojos han visto. Al coger una lámina creía que tomaba un ramo vivo. La naturaleza con todas sus gracias, colores y matices se ve sobre el papel. Humboldt, tocado de este grado de perfección no esperado, asegura que el

pinxel ha inutilizado las descripciones y que si llegase el caso de perderse los manuscritos, podría Jussieu, u otro profesor hábil, describir la planta con tanta perfección como si la viese viva. ¡Cuánta parte tiene en esta gloria Quito! Los mejores pintores han nacido en este suelo afortunado. La familia de Cortés está inmortalizada en la flora de Bogotá. ¿Quién creyera, señores, que el pinxel quiteño se había de elevar hasta ser émulo de Smith y de Carmona? ¡Cuánto valen el talento y la educación unida al premio y al honor! Los hijos de Cortés, Matiz, Sepúlveda, no habrían salido en Quito de la clase de pintores comunes; pero al lado del sabio Mutis, en quien hallaron un tiempo padre celoso de la pureza de sus costumbres; un director de su genio y un admirador de sus talentos, desarrollaron sus ideas y han hecho ver al universo que el quiteño con educación es capaz de las mayores empresas. ¡Ah! Si el ilustre Mecenas, como pensaba ahora diez años visitar este suelo, lo hubiera verificado, estoy seguro que Cortés, los Sama-

(MATLA) FOLLETÍN DEL Rep. Am.

(6)

tes, en los juncos de los tabiques pajizos y las joyas de las personas. De lo alto, cernida en hilos, desciende, acariciadora, suave claridad azulena: es un rayo de luna en plenitud. En la habitación se ha colado silencio de campo santo. A la media luz los rostros cobran un matiz pálido, de piel exhausta, mate, que suaviza las líneas fisonómicas hasta casi esfumarlas igual que en los fumadores orientales. Flota en el ambiente uno como vapor de espectros que envuelve cosas y personas, lo que impresiona cual si estuvieran aletargados por influencia de droga misteriosa, filtro infernal generador de deliciosas visiones embriagantes...

La voz del Cacique rompe esta sugestión hipnotizante del anochecer:

—Y bien, Yara, flor magnífica, ¿por qué tus labios temen hablar hoy?

—Poderoso señor, Yara esperaba que lo hiciese primero el Cacique.

—Las palabras de Yara son dulces como el arrullo de las tórtolas y saben alejar la tristeza de su señor! Varias lunas ha que Cararé no siente el colmillo del hastío y la paz está en su alma como el calor en el nido. Yara, mujer buena, tiene en sus labios bálsamo para las heridas! ¿Qué recóndito pensamiento roba ahora el ingenio de Yara?

—Nada distrae, señor, a tu humilde esclava.

—Siento que hables así: tú en la Corte de Cararé no eres más que un rehén. Los dioses dispongan que vuelvas algún día a moler el maíz de tu anciano padre y puedas alegrarle con tus canciones.

—Perdón, señor, pero lejos de su tribu, privada de su libertad, de su bosque y de su mar; sin serle permitido saludar al sol cuando nace ni despedirle cuando se va, Yara sólo puede considerarse esclava.

—Cierto que ahora no gozas de libertad, pero te he prometido la vida a cambio de mi salud. Hasta hoy lo has conseguido y hay posibilidad de que lo consigas antes de la gran festividad del sol. ¿Por qué, entonces, te aflijas?

—Yara, señor, no sabe estar triste; sólo anhela volver a su padre a quien hace tres lunas falta el calor y la ternura de su hija...

El acento pausado y dulce de la cautiva vibró como un lamento. Incluyó débilmente su cabeza y sus labios, rojos como flor de amapola, ahogaron un sollozo. Pero serenándose en seguida, dolida de su flaqueza, recobró el ánimo; incorporando lentamente su esbelto torso, dijo así al Cacique:

—La vida de Yara poco vale a la par de los valientes guerreros que guardan tu casa y defienden tus dominios, señor, y Yara en la tumba no conmostraría sino a los botones sin florecer o a las olas del

golfo que cruzaba su piragua o a aquel anciano que allá en Nicoya desespera por la ausencia de su hija; Yara desea ardientemente volver a Kaurki, a su palenque que respetan los vientos y acarician las brisas; moler el maíz y fermentar el grano para su bebida; servirle en labradas jícaras su chocolate, peinarle los cabellos y adornar su cabeza con bellas plumas! Yara necesita vivir, señor! Así dijo la cautiva. Luego prosiguió con animada voz:

—Yara trae hoy una de sus mejores narraciones que oyó hace mucho tiempo a un viejo guerrero del sur, donde el coto y el quepo hacen cruda guerra al viceita del otro lado del monte, y roban su oro y su maíz... Con aquel atardecer se iba el invierno y el calor volvía sobre la playa del golfo. La luna, como inmensa gota de leche, brillaba nítida en oriente. El cielo cambiaba su azul por el violeta y éste en rojo y oro donde agonizaba el sol. La brisa, invisible peine, alisaba las pequeñas olas y prendía su fresca caricia en la frente sudoroso de Carao, el viejo marinero. En las cercanas sierras del oeste el día trenzaba sus últimas hebras de luz en las copas de los altos árboles. En los nidos las aves extendían sus alas protectoras sobre los polluelos dormidos. En su cueva dormitaba el león como un borracho y sobre la hierba húmeda lanzaba, intermitentemente, su monorrítmica canción el grillo...

(Continuará)

niegos, Rodríguez, habrían representado en el Nuevo Continente a Mengs, Lebrount y el Ticiano. Pero yo me desví, Mutis es el objeto que no podemos perder de vista en este día consagrado a su honor.

¡Hijos de Flora, infatigables sucesores de Tournefort, venid, entrad conmigo en el depósito de las maderas, resinas, cortezas, semillas, piedras, metales, arcillas, arenas, pieles, y avergonzaos de vuestra cobardía! Confesad que no hay cosa más grande en este género sobre la tierra; ved por las cuatro partes del globo, y anunciad el mérito de Mutis. ¡Ah! Yo me engaño; ya todas las naciones cultas le tributan los honores que se merece el primero de los botánicos. ¡Sólo el bárbaro hotentote o el estúpido habitante de Amazonas ignora vuestro mérito, sabio esclarecido!

Los días de nuestra gloria y la época de nuestra ilustración se acercan. La profecía de Andrez se va a cumplir: nosotros vamos a ser los depositarios de las ciencias y de las artes. La botánica atravesó el Océano ha treinta años, y la astronomía acaba de llegar a nuestras puertas. Urania tiene ya un templo en Santa Fe, levantado por las manos del infatigable Mutis. Ya se sacrifica sobre sus aras, y ya el americano levanta sus ojos a los cielos. Me parece que veo a Mongez, Laplace, Squerl y Lalande afligidos; que los telescopios y las péndolas caen de sus manos al ver al genio americano elevarse y constituirse émulo de su gloria. Ya veo las cenizas de Newton, de Ticho y de Casini, que se reaniman en sus sepulcros y quieren reclamar el derecho fundado de la Europa al título de culta. La astronomía sigue su curso sin detenerse hacia occidente. Allá en los siglos remotos habitó entre los chinos, pasó a la Caldea, de aquí al Egipto, del Egipto a Grecia y ha mucho tiempo que vive en la parte meridional de Europa. Cansada de habitar el Antiguo Continente quiere fijar su residencia en el Nuevo. El precursor, el encargado para allanar los caminos y erigirle una habitación digna de ella, ha sido Mutis. Americanos, volved sobre vosotros mis-

Quien tome KINOCOLA,

debe estar seguro que va a recibir una acción saludable sobre el Cerebro, el Sistema Nervioso, el Corazón y los Riñones. Porque compuesta de:

Rojo de Kola con Glicerofosfatos de Calcio y Sodio y Gluconato de Calcio,

Núcleo de Kola con Cafeína y Teobromina,

Núcleo Quinado con los Alcaloides Naturales y otros principios de la Quina Succirrubra,

tales centros se benefician prontamente con la energía curativa de esas sustancias en la siguiente forma:

EL ROJO DE KOLA, unido al GLUCONATO y al GLICEROFOSFATO DE CALCIO Y SODIO, constituye la asociación por excelencia buena, reconstituyente del cerebro y del sistema nervioso, según comprobaciones ampliamente conocidas en el mundo médico.

EL NUCLEO DE KOLA CON CAFEINA Y TEOBROMINA, rico además en MATERIAS NUTRITIVAS, es el gran tónico del corazón y de los riñones: es el foco dinámico que da a la Kinocola su peculiar valor cardiotónico y diurético. Agréguese además, que esta asociación natural cafeinada, en cooperación del grupo anterior, se comporta como el Agente casi específico, excitador de los centros nerviosos y tendremos que la Kinocola es positivamente un ALIMENTO DE RESERVA, PREVENTIVO DE LA FATIGA MUSCULAR y de la DEBILIDAD.

mos, mirad por vuestro honor vulnerado en la infame producción de pan (1). Haced ver a la Europa que no sólo podéis formar un clavo sino también entrar en el santuario de las ciencias. Mutis os ama con ternura, conoce la sublimidad de vuestros genios y se sacrifica entero a vuestra ilustración. Corresponded a sus miras paternales: sólo se os pide la aplicación al trabajo y el ejercicio del genio que habéis recibido de la naturaleza, y en que no cedéis a ninguna de las naciones de la tierra.

Sus escritos... ¡Ah, señores! ¡Qué estrechos son los límites de un elogio para daros

(1) Así está en el periódico; pensamos que puede ser Pabón, pues a éste lo menciona Caldas en la misma carta en donde habla de este trabajo. (E. P.)

una idea ligera de ellos! Yo no acabaría si quisiese entrar en un pormenor circunstanciado de lo que contienen. Sabed solamente que todas las ciencias naturales han tomado incremento y han ensanchado sus límites entre sus manos; que la Flora de Bogotá es la obra maestra, que es el fruto de treinta años de trabajo, que es el monumento más grande que ha erigido a su gloria; que la botánica, la medicina, la pintura, la elocuencia y el gusto se presentan en toda su majestad. Allí veréis cuánto vale Mutis, qué beneficios le debéis, qué honor y gloria.

Paso en silencio sus descubrimientos sobre la quina, la distinción de sus especies, el

te de Bogotá, la nuez mosada, la ipecacuana y otro numeroso ejército del plantas que nos ha hecho conocer y de que ya cogemos frutos abundantes. No quiero hacer mención de tantas memorias instructivas dirigidas al Superior Gobierno, en que se manifiestan los vastos conocimientos de Mutis y el amor tierno que profesa a los americanos.

¡Cuánto siento verme obligado a callar las virtudes morales y cristianas que tanto realzan el mérito de este sabio! Este elogio ya es demasiado largo, y si quisiera pintaros su vida privada no bastarían muchas horas para desempeñaros dignamente. Reunid, señores, los conocimientos de Linneo, los de Casini y Musschembroek a la práctica de la sublime moral del Evangelio, y tendréis un retrato compendioso de Mutis.

No creáis, señores, que estas expresiones me las arranca la gratitud por la cualidad de ser el último de sus discípulos, en que fundo mi mayor gloria: los sabios extranjeros y nacionales han honrado su mérito con las expresiones más lisonjeras. El joven Linneo le llama el mayor botánico que ha pisado el Nuevo Continente: advertid, señores, para conocer el peso de la expresión del filósofo sueco, que han estado en América Jussieu, Plumier, Loeffling; ¡qué nombres! Cualquiera de ellos basta para honrar una nación. Apenas ve el célebre Cabanilles un fragmento de la soberbia Flora de Bogotá, exclama: **Qui iure merito Princeps Botanicorum in América salutatur, etc., inter Primates Europeos debet collocari.** En fin, señores llega Humboldt a Santa Fe, le trata de cerca, admira la profundidad de sus conocimientos, y le dedica una producción original de su genio, con estas expresivas palabras: "Al ilustre patriarca de los botánicos", dedicatoria capaz de ensoberbecer a cualquiera otro corazón menos modesto que el de Mutis.

¡Anciano venerable, alma generosa, recibe estas cláusulas como la efusión de un corazón fuertemente conmovido, como el testimonio de mi amor y de mi eterno reconocimiento!

Francisco José de Caldas

INDICE



ENTERESE Y ESCOJA:

J. E. Rodó: <i>Epistolario</i>	2.00
Bertrand Russell: <i>Los problemas de la filosofía</i> . Pasta.....	3.25
Antonio Rodríguez Martín: <i>Régimen de autonomía municipal</i> . Estudios de sociología local para el ejercicio de la autonomía, formación, reforma y cumplimiento de sus ordenanzas.....	5.00
M. N. Roy: <i>Revolución y contra revolución en China</i>	12.00

Solicítelos al Adr. del Rep. Am.

EN Manizales, Caldas, Colombia, puede suscribirse al *Repertorio* en la Agencia de Juan E. Acuña G.

AGENCIA del *Repertorio* en Nueva York: G. E. Stechert & Co., Books and Periodicals, 31 E. 10th St., New York, N. Y.

RINCON DE LOS NIÑOS (LECTURAS)

Romance de la madre pobre

= De Caras y Caretas. Buenos Aires. =

Para lavar a mi niño
agua de cielo quisiera,
colada por los hoyitos
que las estrellas abrieran.

Para peinar a mi niño
peine de oro yo quisiera
que entre las rocas hallara,
olvidado por sirenas.

Para camita del niño
yo quiero un vellón de nubes
que escarmenaran los vientos
y perfumaran las flores.

Para criar a mi niño
yo quiero de aquella leche
de siete cabritas locas
que apacentan en la noche.

Para vestir a mi niño
tela de lino gustara,
hilada por blancas manos
de una princesa encantada.

Para dormir a mi niño
una canción le cantaran
las caracolas marinas
que trajera de las playas.



Dibujo de Alf Pérez Peñalba

La reina no quiso hilar,
las caracolas se fueron
y entre las manos del viento
las nubes lluvia se hicieron.

Su peine de oro y corales
las sirenas no perdieron.
No te importe, niño mío,
que sin nada nos quedemos.

Para dormirte, tu madre
hará el regazo sedefío
y sus dedos afilados
serán peine de tu pelo.

Para cantarte, cristales
tendrá tu madre en la voz
y en las palabras de trino
habrán arrullos de amor.

Sopitas de pan con leche
nos comeremos los dos
y un traje de suave lana
te abrigará en su calor.

No te importe, niño mío,
hallar simple realidad,
que capullito de ensueño
tu madre en tu alma pondrá.

Marta Brunet

Espejito de infancia

= Trozos de la obra *Espejito de infancia* Ed. «Cvltvra». México, 1955 =

Nuestra casa le daba el frente a la Alameda, y los domingos, muy engalanada, salía de la mano de mi madre al paseo famoso. La calzada principal la cubrían con lona y sillas a los lados. Había tanto sol que me cogía fuerte de su mano, porque aquella lona, que se movía, parecía sofocada como yo, y pensaba: este techo de colores se está cayendo sobre mi cabeza, porque el sol es tan flojo que se está durmiendo encima, y la lona se está cansando. Y apretaba más aquella su mano de seda. Y ella me veía con curiosidad.

—¿Qué te pasa?

—Nada, la lona se quiere caer.

—No, es el aire que la mece.

Y me decía: mamá se equivoca, se nos va a caer; y el acorde de la banda me hacía olvidar y me hacía estremecer, y mi corazón corría con las notas de la marcha.

Madre regresaba conmigo balanceándome en sus brazos y llevando mi cara a su boca. Aquella madre mía era encantadora: tenía ojos negros, cejas arqueadas, nariz perfecta, boca larga, donde su sonrisa era un rocío que enjugaba mi vida y me hacía crecer sana y tranquila; sus manos eran dos palomas blancas, con las uñas color grana; aquellas manos me acariciaban con una ternura que me adormecía, como si la brisa me acariciara el cuerpo. Me dejaba en la cama y me arrulla-

ba con aquella dulce mirada. No se iba de mi lado hasta que yo dejaba de verla, cuando mis ojos se cerraban y dormía.

Me gusta mucho el colegio; la clase está llena de compañeras, les he tomado cariño. La maestra, con su voz convincente, nos dijo que las hormigas son laboriosas.

Me fui a casa, me senté en el quicio de la puerta del comedor y contemplé un venero de hormiguitas negras... quise saber la verdad de la maestra, y una a una de las hormigas que pasaban las pegué en la punta de mi dedo y me las comí.

Confundí lo laborioso con lo sabroso. Se lo dije a la maestra y se rió de mí. Me puse roja de vergüenza.

Tenia yo un borrego blanco con unos cuernos que parecían cornetas de caza. No me daba topes (que yo le llamaba coraje de borrego). Recuerdo que una tarde reí como niña loca cuando oí que la escalera de madera chillaba fuerte; salí al patio y vi en los aires a mi borrego y a la cocinera que caían como roca del monte a la barranca... Bien; reí tanto que me sentía en desmayo. El animal se recogió en mis brazos y le acaricié el lomo.

El borrego iba con mis juguetes, en lo más

alto de aquellos carros, llenos de todas las cosas de la casa.

Dionisia, mis hermanos y yo nos fuimos en un tranvía. Me sentía grande. Yo pagué el tren, y al recibir los boletos, con aire de ama dije a mis hermanos: Ya nos cambiamos de casa. Repetí esto porque oí que el mozo se lo decía al zapatero que remendaba nuestros zapatos. En realidad no sabía lo que decía, pero quería sentirme grande, y me quedé contemplando el camino, que se alejaba de mi vista, por la ventanilla del tren.

Nunca me había dado cuenta de lo que es un tranvía. Pensé:—qué gusano tan grande y tan amarillo, y gocé porque creí ir dentro de su barriga sin que me hubieran mordido sus dientes. Nuestras carcajadas se unían en cada curva; los anillos del gusano éste rodaban sobre unos rieles de plata, que eran como su baba. ¡Qué gozo! Le diré a papá que en vez de casa quiero vivir en ese tren, que nos lleva a no sé qué parte pero que va fuerte. Mi ventana lleva metida muchos paisajes que yo nunca había visto. El dolor fué cuando el conductor nos apeó y mis ojos vieron que se iba, y le grité:—¡Señor, por qué no se baja toda la gente!—Ves, nana, yo creo que reímos demasiado y el dueño del tren se enojó. Ya no volveré a dar risa; seré como ese señor sin pelo que leía unos papelotes grandes.

Adela Formoso de Obregón